

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 24

9 DE AGOSTO DE 1874.

AÑO 1.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS,

HISTORIA VERDADERA DE UN SUCEDIDO QUE ANDA EN ROMANCES,

ESCRITA AHORA TAL Y COMO PASÓ.

(Continuacion.) *

VIII.

El hombre del sombrero de tres picos.

Eran las dos de una tarde de Octubre.

El esquilon de la Catedral tocaba á vísperas,—lo cual queria decir que ya habian comido todas las personas principales de la ciudad.

Los canónigos se dirigian al coro, y los seglares á las alcobas á dormir la siesta, sobre todo aquellos que, por razon de oficio, vg. las autoridades, habian pasado la mañana entera trabajando.

Era, pues, muy de extrañar que á aquella hora, impropia además para dar un paseo, pues todavía hacia demasiado calor, saliese de la ciudad, á pié, y seguido de un solo alguacil, el ilustre señor corregidor de la misma,—á quien no podia confundirse con ninguna otra persona ni de dia ni de noche, así por la enormidad de su sombrero de tres picos y por lo vistoso de su capa de grana, como por lo particularísimo de su grotesco donaire...

De la capa de grana y del sombrero de tres picos, son muchas todavía las personas que pudieran hablar con pleno conocimiento de causa. Nosotros, entre ellas, lo mismo que todos los nacidos en aquella ciudad en las postrimerías del reinado del Señor D. Fernando VII, recordamos haber visto colgados de un clavo, en medio de una desmantelada pared, en la ruinosa torre de la casa que habitó su señoría, (torre destinada á la sazón á los infantiles juegos de sus nietos,) aquellas dos prendas anticuadas, aquella capa y aquel sombrero,—el negro sombrero encima y la capa roja debajo,—for-

mando una especie de espectro del absolutismo, una especie de sudario del corregidor, una especie de caricatura retrospectiva de su poder, pintada con carbon y almagre, como tantas otras, por los párvulos constitucionales de la de 1837 que allí nos reuniamos; una especie, en fin, de *espanta-pájaros*, que en otro tiempo habia sido *espanta-hombres*, y que hoy me da miedo de haber contribuido á escarnecer, paseándolo por aquella histórica ciudad en dias de carnestolendas, en lo alto de un desollinador, ó sirviendo de disfraz irrisorio al idiota que más hacia reir á la pleble...—¡Pobre principio de autoridad! ¡Así te hemos puesto los mismos que hoy te invocamos tanto!

En cuanto al indicado grotesco donaire del señor corregidor, consistia (dicen) en que era cargado de espaldas... todavía más cargado de espaldas que el tío Lucas... casi jorobado, para decirlo de una vez; de estatura ménos que mediana; endeblillo; de mala salud; con las piernas arqueadas, y una manera de andar *sui generis* (balanceándose de un lado á otro y de atrás hácia adelante), que sólo se puede describir con la absurda fórmula de que parecia cojo de los dos piés.—En cambio (añade la tradicion) su rostro era regular, aunque ya bastante arrugado por la falta absoluta de dientes y muelas; moreno verdoso, como el de casi todos los hijos de las Castillas; con grandes ojos oscuros, en que relampagueaban la cólera, el despotismo y la lujuria; con finas y traviesas facciones, que no tenían la expresion del valor personal, pero sí la de una malicia artera capaz de todo, y con cierto aire de satisfaccion, medio aristocrático, medio libertino, que revelaba que aquel hombre habria sido, en su remota juventud, muy agradable y acepto á las mujeres, á pesar de sus piernas y de su joroba.

D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de Leon (que así se llamaba su señoría) habia nacido en Madrid de una familia ilustre, y frisaria

* Véase el número anterior, pág. 129.

á la sazón en los cincuenta y cinco años, llevando cuatro de corregidor en la ciudad de que tratamos, donde se casó, á poco de llegar, con la principalísima señora que diremos más adelante.

Las medias de D. Eugenio (única parte que, además de los zapatos, dejaba ver de su vestido la extensísima capa de grana) eran blancas, y los zapatos negros, con hevilla de oro. Pero luego que el calor del campo le obligó á desembozarse, vídose que llevaba gran corbata de batista; chupa de sarga de color de tórtola, muy festoneada de ramillos verdes, bordados de realce; calzon corto, negro, de seda; una enorme casaca de la misma estofa que la chupa; espadín con espñadura de acero; baston con borlas, y un respetable par de guantes (ó quirotecas) de gamuza pajiza, que no se ponía nunca, empuñados por la mitad á guisa de cetro.

El alguacil que seguía á veinte pasos de distancia al señor corregidor se llamaba *Garduña*, y era la propia estampa de su nombre.—Flaco, agilísimo, mirando adelante y atrás, á derecha é izquierda al propio tiempo que andaba; de largo cuello; de diminuto y repugnante rostro, y con dos manos como dos manojos de disciplinas, parecía juntamente un huron en busca de criminales, la cuerda que había de atarlos, y el instrumento destinado á su castigo...

El primer corregidor que le echó la vista encima le dijo sin más informes: *Tú serás mi primer alguacil...*—Y ya lo había sido de cuatro corregidores.

Tenia cuarenta y ocho años, y llevaba sombrero de tres picos, mucho más pequeño que el de su señor (pues repetimos que el de éste era descomunal), capa negra como las medias y todo el traje, baston sin borlas, y una especie de asador por espada.

Aquel otro espantajo negro parecía la sombra de su vistoso amo.

IX.

¡Arre, burra!

Por donde quiera que pasaban el personaje y su apéndice, los labradores dejaban sus faenas y se descubrían hasta los pies, con más miedo que respeto; después de lo cual se decían en voz baja:

—¡Temprano va esta tarde el señor corregidor á ver á la señá Frasquita!

—¡Temprano... y solo!—añadían algunos, acostumbrados á verlo siempre dar aquel paseo en compañía de otras varias personas.

—Oye, tú, Manuel; ¿por qué irá solo esta tarde el señor corregidor á ver á la navarra?—le preguntó una lugareña á su marido, que la llevaba á grupas en la bestia.

Y, al mismo tiempo que la pregunta, le hizo cosquillas por vía de retintín.

—¡No seas mal pensada, Josefa!—exclamó el buen hombre.—La señá Frasquita es incapaz...

—No digo yo lo contrario... Pero el corregidor no es por eso incapaz de estar enamorado de ella... Yo he oído decir que, de todos los que van á las francachelas del molino, el único que lleva mal fin es ese madrileño tan aficionado á faldas...

—¿Y qué sabes tú si es aficionado á faldas?—preguntó á su vez el marido.

—No lo digo por mí... ¡Ya se hubiera guardado, todo lo corregidor que es, de decirme los ojos tienes negros!

La que así hablaba era más que medianamente fea.

—¡Pues mira, hija, allá ellos!—replicó el llamado Manuel.—Yo no creo al tío Lucas hombre de consentir... ¡Bonito genio tiene el tío Lucas cuando se enfada!

—Pero, en fin, si ve que le conviene...—añadió la tía Josefa, retorciendo el hocico.

—El tío Lucas es un hombre de bien,—repuso el lugareño;—y á un hombre de bien nunca pueden convenirle esas cosas.

—Pues entónces, tienes razón... ¡Allá ellos!... Si yo fuera la señá Frasquita...

—¡Arre, burra!—gritó el marido para mudar la conversacion.

Y la burra salió al trote; con lo que no pudo oirse el resto del diálogo.

X.

Desde la parra.

Miéntas así discurrían los labriegos que saludaban al señor corregidor, la señá Frasquita regaba y barria cuidadosamente la plazoletilla empedrada que servía de átrio ó

compás al molino, y colocaba media docena de sillas debajo de lo más espeso del emparado, en el cual estaba subido el tío Lucas, cortando los mejores racimos y arreglándolos artísticamente en una cesta.

—Pues sí, Frasquita,—decía el tío Lucas desde lo alto de la parra;—el señor corregidor está enamorado de tí de muy mala manera...

—Ya te lo dije yo hace tiempo,—contestó la mujer del Norte.—¡Pero, déjalo que pene! —¡Cuidado, Lucas, no te vayas á caer!

—Descuida, que estoy bien agarrado. También le gustas mucho al señor...

—Mira, no me des más noticias,—interrumpió ella.—¡Demasiado sé yo á quién le gusto y á quién no le gusto! ¡Ojalá supiera del mismo modo por qué no te gusto á tí!

—Porque eres muy fea,—contestó el tío Lucas.

—Pues fea y todo, soy capaz de subir á la parra y echarte de cabeza al suelo...

—Más fácil sería que yo no te dejase bajar de la parra...

—¡Eso es!... y cuando vinieran mis galanes, dirían que éramos un mono y una mona...

—Y acertarian; porque tú eres muy mona y muy rebonita, y yo parezco un mono con esta joroba...

—Que á mí me gusta muchísimo...

—Entonces te gustará más la del corregidor, que es mayor que la mía.

—¡Vamos! ¡Vamos! Sr. D. Lucas... que me parece que tiene V. celos...

—¿Celos yo de ese viejo petate? Al contrario. Me alegro mucho de que te quiera...

—¿Por qué?

—Porque en el pecado lleva la penitencia. Tú no has de quererlo nunca, y yo seré entre tanto el verdadero corregidor de la ciudad.

—¡Miren el vanidoso! Pues figúrate que llegase á quererlo... ¡Cosas más raras se ven en el mundo!

—Tampoco se me daría gran cosa...

—¿Por qué?

—Porque entonces, tú no serías ya tú; y, no siendo tú quien eres, ó como yo creo que eres, maldito lo que me importaría que te llevasen los demonios.

—Pero bien, ¿qué harías en semejante caso?

—¿Yo? ¡Mira lo que no sé!... Porque, como entonces yo sería otro y no el que soy ahora, no puedo figurarme lo que pensaría despues de mi trasformacion...

—¿Y por qué serías entonces otro?

—Porque yo soy ahora un hombre que cree en tí como en sí mismo, y que no tiene más vida que esta creencia. De consiguiente, al dejar de creer en tí, me moriría, ó me convertiría en un nuevo hombre; viviría de otro modo; me parecería que acababa de nacer; tendría otros sentimientos. Ignoro, pues, lo que aquel *segundo yo* haría entonces contigo. Puede que se echara á reir y te volviera la espalda. Puede que ni siquiera te conociese. Puede que... Pero ¡vaya un gusto que tenemos en ponernos de mal humor sin necesidad! ¿Qué nos importa á nosotros que te quieran todos los corregidores del mundo? ¿No eres tú mi Frasquita?

—Sí, pedazo de bárbaro,—contestó la navarra, riendo á más no poder:—yo soy tu Frasquita, y tú eres mi Lucas de mi alma, más feo que el bú, con más talento que todos los hombres, más bueno que el pan y más querido... ¡Ah, lo que es eso de querido, cuando bajas de la parra lo verás! ¡Prepárate á llevar más bofetadas y pellizcos que pelos tienes en la cabeza! Pero, ¡calla! ¿Qué es lo que veo? El señor corregidor viene por allí completamente solo... ¡Y tan tempranito!... Ese trae plan.

—Pues aguántate, y no le digas que estoy subido en la parra. Ese viene á declararse á solas contigo, creyendo pillarme durmiendo la siesta. Quiero divertirme oyendo su explicacion.

Así dijo el tío Lucas, alargándole la cesta á su mujer.

—No está mal pensado,—exclamó ella, lanzando nuevas carcajadas.—¡El demonio del madrileño! ¿Qué se habrá creído que es un corregidor para mí? Pero aquí llega... Por cierto que Garduña, que lo seguía á alguna distancia, se ha sentado en la ramblilla á la sombra... ¡Qué majadería! Ocúltate tú bien entre los pámpanos, que nos vamos á reir más de lo que te figuras.

Y dicho esto, la hermosa navarra rompió

á cantar una copla de fandango, que ya le era tan familiar como las canciones de su tierra.

XI.

El bombardeo de Pamplona.

—Dios te guarde, Frasquita,—dijo el corregidor á media voz, apareciendo bajo el emparrado y andando de puntillas.

—¡Tanto bueno, señor corregidor!—respondió ella en voz natural, haciéndole mil reverencias.—¡Usía por aquí á estas horas! ¡Y con el calor que hace!... ¡Vaya, siéntese su señoría!... Esto está fresquito... ¿Cómo no ha aguardado su señoría á los demas señores? Aquí tienen ya preparados sus asientos... Esta tarde esperamos al señor obispo en persona, que le ha prometido á mi Lúcas venir á probar las primeras uvas de la parra.—¿Y cómo lo pasa su señoría? ¿Cómo lo pasa la señora?

El corregidor estaba turbado.

La ansiada soledad en que encontraba á la seña Frasquita le parecía un sueño, ó un lazo que le tendía la enemiga suerte para hacerle caer en el abismo de un desengaño.

Limitóse, pues, á contestar:

—No es tan temprano como dices... Serán las tres y media...

El loro dió en aquel momento un chillido.

—Son las dos y cuarto,—dijo la navarra, mirando de hito en hito al madrileño.

Este calló, como reo convicto que renuncia á la defensa.

—¿Y Lúcas? ¿Duerme?—preguntó al cabo de un rato.

(Debemos advertir aquí que el corregidor, lo mismo que todos los que no tienen dientes, hablaba con una pronunciación floja y sibilante, como si se estuviese comiendo sus propios labios.)

—De seguro,—contestó la seña Frasquita.—En llegando esta hora, se queda dormido donde primero le coge, aunque sea en el borde de un precipicio...

—Pues mira... déjalo dormir...—exclamó el viejo corregidor, poniéndose más pálido de lo que ya era.—Y tú, mi querida Frasquita, escúchame... oye... ven acá... Siéntate aquí, á mi lado... Tengo muchas cosas que decirte...

—Ya estoy sentada,—respondió la molinera, agarrando una silla baja y plantándola delante del corregidor, á cortísima distancia de la suya.

Una vez que se hubo sentado, echó una pierna sobre la otra, inclinó el cuerpo hácia adelante, apoyó un codo sobre la rodilla cabalgadora, y la fresca y hermosa cara en una de sus manos; y así, con la cabeza un poco ladeada, la sonrisa en los labios, los cinco hoyos en actividad, y las serenas pupilas clavadas en el corregidor, aguardó la declaración de su señoría.—Hubiera podido comparársela con Pamplona esperando un bombardeo.

El pobre hombre fué á hablar y se quedó con la boca abierta, embelesado ante aquella grandiosa hermosura, ante aquella esplendidez de gracias, ante aquella formidable mujer, de alabastrino color, de lujosas carnes, de limpia y riente boca, de azules é insondables ojos, que parecía creada por el pincel de Rubens.

—Frasquita...—murmuró al fin el delegado del Rey con acento desfallecido, mientras que su marchito rostro, cubierto de sudor, destacándose sobre su joroba, expresaba una inmensa angustia.—Frasquita...

—Me llamo,—contestó la hija de los Pirineos.—¿Y qué?

—Lo que tú quieras,—repuso el viejo con una ternura sin límites.

—Pues lo que yo quiero,—dijo la molinero,—ya lo sabe usía. Lo que yo quiero es que usía nombre secretario del ayuntamiento de la ciudad á un sobrino mio que tengo en Estella, y que así podrá venirse de aquellas montañas, donde está pasando muchos apuros...

—Te he dicho, Frasquita, que eso es imposible. El secretario actual...

—Es un ladrón, un borracho y un bestia.

—Ya lo sé... Pero tiene grandes aldrabas entre los regidores perpétuos, y yo no puedo nombrar otro sin acuerdo del cabildo. De lo contrario, me expongo...

—¡Me expongo!... ¡Me expongo!... ¿A qué no nos expondríamos por vuestra señoría hasta los gatos de esta casa?

—¿Me querrias á ese precio?—tartamudeó el corregidor.

—No, señor; que lo quiero á usía de balde.

—Mujer, no me des tratamiento. Háblame de usted ó como se te antoje... ¿Con que vas á quererme? Dí...

—¿No le digo á V. que lo quiero ya?

—Pero...

—No hay pero que valga. ¡Verá V. qué guapo y qué hombre de bien es mi sobrino!

—¡Tú sí que eres guapa, Frasquita!...

—¿Le gusto á V.?

—¡Que si me gustas!... ¡No hay mujer como tú!

—Pues mire V... Aquí no hay nada positivo...—contestó la señá Frasquita, acabando de arrollar la manga de su jubon, y mostrando al corregidor el resto de su brazo, digno de una cariátide, y más blanco que una azucena.

—¡Que si me gustas!—prosiguió el corregidor.—De dia, de noche, á todas horas, en todas partes, sólo pienso en tí...

—¿Pues qué? ¿No le gusta á V. la señora corregidora?—preguntó la señá Frasquita con una fingida compasion que hubiera hecho reir á un hipocondriaco.—¡Qué lástima! Mi Lúcas me ha dicho que tuvo el gusto de verla y de hablarle cuando fué á componerle á V. el reloj de la alcoba, y que es muy guapa, muy buena, y de un trato muy cariñoso.

—¡No tanto! ¡No tanto!—murmuró el corregidor con cierta amargura.

—En cambio, otros me han dicho—prosiguió la molinera,—que tiene muy mal genio, que es muy celosa, y que V. le tiembla más que á una vara verde...

—¡No tanto, mujer!...—repitió D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de Leon, poniéndose colorado.—¡Ni tanto ni tampoco! La corregidora tiene sus manías, es cierto... Pero de ello á hacerme temblar hay mucha diferencia. ¡Yo soy el corregidor!...

—Pero, en fin, ¿la quiere V. ó no la quiere?

—Te diré... Yo la quiero mucho... ó por mejor decir, la queria ántes de conocerla. Pero desde que te ví, no sé lo que me pasa, y ella misma conoce que me pasa algo. Bástete saber que hoy, para mí, tomarle la cara á mi mujer me hace la misma opera-

cion que si me la tomara á mí propio... Ya ves que no puedo quererla más, ni sentir ménos... ¡Mientras que por coger esa mano, ese brazo, esa cara, esa cintura... daría lo que no tengo!

Y hablando así el corregidor, trató de apoderarse del brazo desnudo que la señá Frasquita le estaba refregando materialmente por los ojos; pero ésta, sin descomponerse, extendió la mano, tocó el pecho de su señoría con la pacífica violencia é incontrastable rigidez de la trompa de un elefante, y lo tiró de espaldas con silla y todo.

—¡Ave María Purísima!—exclamó entonces la navarra, riéndose á más no poder.—Por lo visto, esa silla estaba rota...

—¿Qué pasa ahí?—exclamó en esto el tío Lúcas asomando su feo rostro entre los pámpanos de la parra.

El corregidor estaba todavía en el suelo boca arriba, y miraba con un terror indecible á aquel hombre que aparecía en los aires boca abajo.

Parecía el diablo vencido, no por San Miguel, sino por otro demonio del infierno.

—¿Qué ha de pasar?—se apresuró á responder la señá Frasquita.—¡Que el señor corregidor puso la silla en vago, fué á mercerse, y se ha caído...

—¡Jesus, María y José!—exclamó á su vez el molinero.—¿Y se ha hecho daño su señoría? ¿Quiere una poca agua y vinagre?

—¡No me he hecho nada!—dijo el corregidor, levantándose como pudo.

Y luego añadió por lo bajo, pero de modo que pudiera oirlo la señá Frasquita:

—¡Me la pagareis!

—Pues, en cambio, su señoría me ha salvado á mi la vida,—repuso el tío Lúcas, siempre desde lo alto de la parra.—Figúrate, mujer, que estaba yo aquí sentado contemplando las uvas, cuándo me quedé dormido sobre una red de maderos y cepas que dejaban claros suficientes para que pasase mi cuerpo... Por consiguiente, si la caída de su señoría no me hubiese despertado tan á tiempo, esta tarde me habria yo roto la cabeza contra esas piedras.

—Conque sí... ¿eh?—replicó el corregidor.—Pues ¡vaya, hombre! me alegro... ¡Te digo que me alegro mucho de haberme

caído!—¡Me la pagarás!—agregó en seguida dirigiéndose á la molinera.

Y pronunció estas palabras con tal expresión de reconcentrada furia, que la señá Frasquita se puso triste.

Veía claramente que el corregidor se asustó al principio, creyendo que el molinero lo habia oído todo; pero que, persuadido ya de que no habia oído nada (pues la calma y el disimulo del tío Lúcas hubieran engañado al más lince), empezaba á abandonar á toda su iracundia y á concebir planes de venganza.

—¡Vamos! ¡Bájate ya de ahí y ayúdame á limpiar á su señoría, que se ha puesto perdido de polvo!—exclamó entonces la molinera.

Y mientras el tío Lúcas bajaba, díjole ella al corregidor, dándole golpes con el delantal en la casaca y alguno que otro en las orejas:

—El pobre no ha oído nada... Estaba dormido como un tronco...

Más que estas frases, la circunstancia de haber sido dichas en voz baja, afectando complicidad y secreto, produjo un efecto maravilloso:

—¡Pícara! ¡Proterva!—balbuceó D. Eugenio de Zúñiga con la boca hecha agua, pero gruñendo todavía...

—¿Me guardará usía rencor?—replicó la navarra zalameramente.

Viendo el corregidor que la severidad le daba buenos resultados, intentó mirar á la señá Frasquita con mucha rabia, pero se encontró con su tentadora risa y sus divinos ojos, en que brillaba la caricia de una súplica, y, derritiéndosele la gacha en el acto, le dijo con un acento baboso, en que se descubría más que nunca la ausencia total de sus dientes y muelas:

—De tí depende, amor mio.

En aquel momento se descolgó de la parra el tío Lúcas.

XII.

Diezmos y primicias.

Repuesto el corregidor en su silla, la molinera dirigió una rápida mirada á su esposo: vióle, no sólo tan sosegado como siempre, sino reventando de ganas de reir por resultados de aquella ocurrencia: cambió con

él desde léjos un beso tirado, aprovechando un descuido del corregidor, y díjole, en fin, con una voz de sirena, que le hubiera envidiado Cleopatra:

—¡Ahora va su señoría á probar mis uvas!

Entonces fué de ver á la hermosa navarra (y así la pintaria yo si tuviese el pincel de Ticiano), plantada enfrente del embelesado corregidor, fresca, magnífica, incitante, con sus nobles formas, con su angosto vestido, con su elevada estatura, con sus desnudos brazos levantados sobre la cabeza y con un trasparente racimo en cada mano, diciéndole, entre una sonrisa irresistible y una mirada suplicante en que titilaba el miedo:

—Todavía no las ha probado el señor obispo. Son las primeras que se cogen este año.

Parecia una gigantesca Pomona, brindando frutos á un dios campestre;—á un sátiro, vg.

En esto apareció al extremo de la plazuela empedrada el venerable obispo de la diócesis, acompañado del abogado académico y de dos canónigos de avanzada edad, y seguido de su secretario, de dos familiares y de dos pajes.

Detúvose un rato su ilustrísima á contemplar aquel cuadro tan cómico y tan bello, hasta que, por último, dijo con el reposado acento propio de los prelados de entonces:

—*El cuarto... pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios*, nos enseña la doctrina cristiana; pero V., señor corregidor, no se contenta con administrar el diezmo, sino que tambien trata de comerse las primicias.

—¡El señor obispo!—exclamaron los molineros, dejando al corregidor y corriendo á besar el anillo del prelado.

—¡Dios se lo pague á su ilustrísima, por venir á honrar esta pobre choza!—dijo el tío Lúcas, besando el primero, y con el acento de una sincera veneracion.

—¡Qué señor obispo tengo tan hermoso!—exclamó la señá Frasquita, besando despues. ¡Dios lo bendiga y me lo conserve más años que le conservó el suyo á mi Lúcas!

—No sé qué falta puedo hacerte, cuando tú me echas las bendiciones en vez de pedírmelas—contestó riéndose el bondadoso pastor.

Y, extendiendo dos dedos, bendijo á la señá Frasquita y despues á los demas circunstancias.

—Aquí tiene usía ilustrísima las primicias—dijo el corregidor, tomando un racimo de manos de la molinera y presentándoselo cortesmente al obispo.—Todavía no habíamos probado las uvas...

El corregidor pronunció estas palabras, dirigiendo de paso una rápida y cínica mirada á la espléndida hermosura de la molinera.

—¡Pues no será porque estén verdes, como las de la fábula! —observó el académico.

—Las de la fábula—expuso el obispo—no estaban verdes, señor licenciado, sino fuera del alcance de la zorra.

Ni el uno ni el otro habia querido acaso aludir al corregidor; pero ambas frases fueron casualmente tan adecuadas á lo que acababa de suceder allí, que D. Eugenio de Zúñiga se puso lívido de cólera, y dijo, besando el anillo del prelado:

—Eso es llamarme zorro, señor ilustrísimo.

—*Tu dixisti*—replicó éste, con la afable severidad de un santo (como diz que lo era en efecto.)—*Excusatio non petita, accusatio manifesta.*—*Qualis vir, talis oratio.*—Pero *satis jam dictum, nullus ultra sit sermo.*—O, lo que es lo mismo, dejémonos de latines, y veamos estas famosas uvas.

Y picó una sola vez en el racimo que le presentaba el corregidor.

—¡Están muy buenas! —exclamó mirando aquella uva al trasluz y alargándosela en seguida á su secretario.—¡Lástima que á mí no me sienten bien!

El secretario repitió la accion de su señor, y luego... colocó la uva en la cesta con escrupuloso cuidado.

—Su ilustrísima ayuna—observó en voz baja uno de sus familiares.

El tio Lucas, que habia seguido la uva con la vista, la cogió entónces disimuladamente, y se la comió sin que nadie lo viera.

Despues de esto, sentáronse todos: hablóse de la otoñada (que seguia siendo muy seca, á pesar de haber pasado el cordonazo de San Francisco); discurrióse algo sobre la probabilidad de una nueva guerra entre Napoleon y el Austria; insistióse en la creencia de que las tropas imperiales no invadirian nunca el territorio español; quejóse el abogado de lo revuelto y calamitoso de aquella época, envidiando los tranquilos tiempos de sus padres (como sus padres habrian envidiado los de sus abuelos); dió las cinco el loro..., y, á una seña del señor obispo, el menor de los pajes fué al coche de su ilustrísima, que se habia quedado en la misma ramblilla que el alguacil, y volvió con una magnífica torta sobada, de pan de aceite, polvoreada de sal, que apénas haria una hora habia salido del horno: colocóse una mesilla en medio de los concurrentes; descuartizóse la torta; dióse su parte correspondiente, á pesar de que se resistieron mucho, al tio Lucas y á la señá Frasquita, y una igualdad verdaderamente democrática reinó durante una hora bajo aquellos pámpanos que filtraban los últimos resplandores de un sol poniente...

XIII.

Le dijo el grajo al cuervo...

Hora y media despues, todos los ilustres compañeros de merienda estaban de vuelta en la ciudad.

El señor obispo y su familia habian llegado con bastante anticipacion, gracias al coche, y hallábanse ya *en palacio*, donde los dejaremos rezando sus devociones.

El insigne abogado (que era muy seco) y los dos canónigos (á cual más grueso y más respetable) acompañaron al corregidor hasta la puerta del ayuntamiento (donde dijo que tenia que hacer), y tomaron luego el camino de sus respectivas casas, guiándose por las estrellas como los navegantes, ó sorteando á tientas las esquinas como los ciegos;—pues ya habia cerrado la noche; aún no habia salido la luna, y el alumbrado público (lo mismo que las demas luces de este siglo) estaba todavía allí en la mente divina.

En cambio, no era raro ver discurrir por

algunas calles tal ó cual linterna ó farolillo con que respetuoso servidor alumbraba á su amo, que se dirigia á su tertulia ó de visita á casa de sus parientes...

Cerca de casi todas las rejas bajas se veia, ó se olfateaba por mejor decir, un silencioso bulto negro.—Eran novios, que habian suspendido su palique al sentir pasos.

—¡Somos unos calaveras!—iban diciéndose el abogado y los dos canónigos.—¿Qué densarán en nuestras casas al vernos llegar á estas horas?

—Pues ¿qué dirán los que nos encuentren en la calle, de este modo, á las siete y pico de la noche, como unos bandoleros amparados de las tinieblas?

—Hay que mejorar de conducta...

—¡Ese dichoso molino!...

—Mi mujer lo tiene sentado en la boca del estómago—dijo el académico con un tono en que se traducía el miedo á un próximo regaño.

—¡Pues y mis sobrinas!—exclamó uno de los canónigos, que por señas era penitenciario.—Mis sobrinas dicen que los sacerdotes no deben visitar comadres...

—Sin embargo—interrumpió su compañero, que era magistral:—lo que allí pasa no puede ser más inocente...

—¡Toma! ¡Como que va el mismo señor obispo!

—Y luego, señores, á nuestra edad...—repuso el penitenciario.—Yo he cumplido ayer los setenta y cinco.

—¡Es claro!—replicó el magistral.—Pero hablemos de otra cosa: ¡qué guapa estaba esta tarde la señá Frasquita!

—¡Oh, lo que es eso... ¡Como guapa, es guapa!—dijo el abogado, afectando imparcialidad.

—Muy guapa,—repitió el penitenciario dentro del embozo.

—Y si no—añadió el predicador *de oficio*,—que se lo pregunten al corregidor... Indudablemente está enamorado de ella.

—¡Ya lo creo!—exclamó el confesor de la catedral.

—De seguro—agregó el académico... correspondiente.—Conque, señores: yo corto por aquí para llegar ántes á casa... ¡Muy buenas noches!

—Buenas noches,—le contestaron los dos capitulares.

Y anduvieron algunos pasos en silencio.

—Tambien le gusta á ese la molinera,—murmuró entonces el magistral, dándole con el codo al penitenciario.

—¡Como si lo viera!—respondió éste, parándose á la puerta de su casa.—¡Y qué bruto es!—Conque hasta mañana, compañero.—Que le sienten á V. muy bien las uvas.

—Hasta mañana, si Dios quiere... Que pase V. muy buena noche.

—Buenas noches nos dé Dios,—rezó el penitenciario, ya desde el portal, que tenia por cierto farol y Virgen.

Y llamó á la aldaba.

Una vez solo en la calle el otro canónigo, (que era más ancho que alto, y que parecia que rodaba al andar), siguió avanzando lentamente hácia su casa; pero, ántes de llegar á ella, infringió contra una pared lo que en el porvenir habia de ser un bando de policía urbana, y díjose al mismo tiempo, pensando sin duda en su cofrade de coro:

—¡Tambien te gusta á tí la señá Frasquista!...—Y la verdad es (añadió al cabo de un momento) que, como guapa, es guapa!

XIV.

Los consejos de Garduña.

Entre tanto, el corregidor habia subido al Ayuntamiento, acompañado de Garduña, con quien mantenía hacia rato, en el salon de sesiones, una conversacion más familiar de lo que debiera un hombre de su calidad y de su oficio.

—Crea usía á un perro perdiguero que conoce la caza,—decia el innoble alguacil.—La señá Frasquista está enamorada de usía, y todo lo que usía acaba de contarme me lo hace ver más claro que esa luz.

Y señalaba á un velon de Lucena, que apenas esclarecia un pedazo del salon.

—No estoy yo tan seguro como tú, Garduña,—contestó D. Eugenio suspirando.

—Pues no sé por qué. Y si no, hablemos con franqueza. Usía (dicho sea con perdon) tiene una tacha en su cuerpo... ¿No es verdad?

—¡Bien, sí!—repuso el corregidor;—

pero esa tacha la tiene tambien el tio Lucas. ¡El es más jorobado que yo!

—¡Mucho más! ¡muchísimo más! ¡sin comparacion de ninguna especie! Pero en cambio (y es á lo que iba), usía tiene una cara de muy buen ver... lo que se llama una bella cara... miéntras que el tio Lucas se parece al sargento Utrera, que reventó de feo.

El corregidor sonrió con cierta ufanía.

—Además,—prosiguió el alguacil,—la señá Frasquita es capaz de tirarse por una ventana con tal de agarrar el nombramiento de su sobrino...

—Hasta ahí estamos de acuerdo. Ese nombramiento es mi única esperanza.

—Pues manos á la obra, señor. Ya le he dicho á usía mi plan. ¡No hay más que ponerlo en ejecucion esta misma noche!

—¡Te he dicho que no necesito consejos!—gritó D. Eugenio, acordándose de que tenia la costumbre de enfadarse.

—Creí que usía me los habia pedido...—balbuceó Garduña.

—¡No me repliques!

Garduña saludó.

—¿Conque decias,—prosiguió el de Zúñiga,—que esta misma noche puede arreglarse todo eso?... Pues, mira, me parece bien. ¡Qué diablos! ¡Así saldré pronto de esta cruel incertidumbre!

Garduña guardó silencio.

El corregidor se dirigió al bufete y escribió algunas líneas en un pliego de papel sellado, que selló tambien por su parte, guardándose luego en la faltriquera.

—Ya está hecho el nombramiento del sobrino,—dijo entónces, tomando un polvo de rapé.—Mañana me las compondré yo con los regidores... y, ó lo ratifican con un acuerdo, ó habrá la de San Quintín! ¿No te parece que hago bien?

—¡Eso, eso!—exclamó Garduña entusiasmado, metiendo la zarpa en la caja del corregidor y arrebatándole un polvo.—¡Eso, eso! El antecesor de usía no se paraba tampoco en barras. Cierta vez...

—¡Déjate de bachillerías!—repuso el corregidor, sacudiéndole una guantada en la ratera mano.—¡Mi antecesor era un bestia, cuando te tuvo de alguacil! Pero vamos á lo que importa. Acabas de decirme que el

molino del tio Lucas pertenece al término del lugarcillo inmediato, y no al de esta poblacion... ¿Estás seguro de ello?

—¡Segurísimo! La jurisdiccion de la ciudad acaba en la ramblilla donde yo me senté esta tarde á esperar que vuestra señoría... ¡Voto á Lucifer! ¡Si yo hubiera estado en su caso!

—¡Basta!—gritó D. Eugenio.—¡Eres un insolente!

Y cogiendo media cuartilla de papel, escribió una esquila; cerróla, doblándole un pico, y se la entregó á Garduña.

—Ahí tienes—le dijo al mismo tiempo,—la carta que me has pedido para el alcalde del lugar. Tú le explicarás de palabra todo lo que tiene que hacer. ¡Ya ves que sigo tu plan al pié de la letra! ¡Desgraciado de tí si me metes en un callejon sin salida!

—No hay cuidado,—contestó Garduña.—El señor Juan Lopez tiene mucho que temer, y en cuanto vea la firma de usía, hará todo lo que yo le mande. ¡Lo ménos le debe mil fanegas de grano al Pósito Real, y otro tanto al Pósito Pio!... Esto último contra toda ley, pues no es ninguna viuda ni ningun labrador pobre para recibir el trigo sin abonar creces ni recargo, sino un jugador, un borracho y un sin vergüenza, muy amigo de faldas, que trae escandalizado el pueblecillo... ¡Y aquel hombre ejerce autoridad! ¡Así anda el mundo!

—¡Te he dicho que calles!... ¡Me estás distrayendo!—bramó el corregidor.—Conque vamos al asunto,—añadió luego, mudando de tono.—Son las siete y cuarto... Lo primero que tienes que hacer es ir á casa y advertirle á la señora que no me espere á cenar ni á dormir. Dile que esta noche me estará trabajando aquí hasta la hora de la *queda*, y que despues saldré de ronda secreta contigo, á ver si atrapamos á ciertos malhechores... En fin, engaña la bien para que se acueste descuidada. De camino, dile á otro alguacil que me traiga la cena... Yo no me atrevo á parecer esta noche delante de la señora, pues me conoce tanto, que es capaz de leer en mis pensamientos. Encárgale á la cocinera que ponga unos pestiños de los que se hicieron hoy, y dile al alguacil que, sin que lo vea nadie, me alar-

gue de la taberna medio cuartillo de vino blanco. En seguida te marchas al lugar, donde puedes hallarte muy bien á las ocho y media...

—¡A las ocho en punto estoy allí!—exclamó Garduña.

—¡No me contradigas!—rugió el corregidor, acordándose otra vez de que lo era. Garduña saludó.

—Hemos dicho,—continuó aquel, tranquilizándose,—que á las ocho en punto estás en el lugar. Del lugar al molino habrá media legua...

—Corta.

—¡No me interrumpas!

El alguacil volvió á saludar.

—Corta,—prosiguió el corregidor.—Por consiguiente, á las diez... ¿Crees tú que á las diez?...

—Antes de las diez; á las nueve y media puede llamar usía descuidado á la puerta del molino.

—¡Hombre! ¡No me digas á mí lo que tengo que hacer!... Por supuesto que tú estarás?...

—Yo estaré en todas partes... Pero mi cuartel general será la ramblilla. ¡Ah! se me olvidaba... Vaya usía á pié, y no lleve linterna...

—¡Maldita la falta que me hacian tampoco esos consejos! ¿Si crearás tú que es la primera vez que salgo á campaña?

—Perdone usía... ¡Ah! Otra cosa. No llame usía á la puerta grande que da á la plazoleta del emparrado, sino á la puertecilla que hay encima del caz...

—¿Encima del caz hay otra puerta? ¡Mira tú lo que no se me habia ocurrido!

—Sí, señor. La puertecilla del caz da al mismísimo dormitorio de los molineros... y el tío Lúcas no entra ni sale nunca por ella. De forma que, aunque volviese de pronto...

—Comprendo, comprendo... ¡No me aturdas más los oídos!

—Por último. Procure usía escurrir el bulto ántes del amanecer. Ahora amanece á las seis.

—¡Mira otro consejo inútil! A las cinco estaré de vuelta en mi casa... Pero bastante hemos hablado ya... ¡Quítate de mi presencia!

—Pues entónces, señor... ¡Buena suerte!—exclamó el alguacil, alargando la mano al corregidor y mirando al techo al mismo tiempo.

El corregidor dió una peseta á Garduña, y éste desapareció como por ensalmo.

—¡Por vida de!...—murmuró el viejo al cabo de un instante.—¡Se me ha olvidado decirle que me trajeran tambien una bajoraja! ¡Con ella me hubiera entretenido hasta las nueve y media, viendo si me salia aquel solitario!...

P. A. DE ALARCON.

(La continuacion en el próximo número.)

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO OBRERO EN EUROPA Y AMÉRICA

DURANTE EL SIGLO XIX.

CAPÍTULO III. *

REVOLUCION FRANCESA.—Segundo periodo: 1816—1848.

Restauracion borbónica.—Monarquía de Julio.—Formacion de partidos políticos.—Tendencias diversas del partido republicano.—Aspiracion socialista.

LITERATURA REVOLUCIONARIA.—Sistema industrial de Saint-Simon.—Sistema societario de Fourier.—Sistema positivista de Comté.—Sistema icariano de Cabet.

Movimiento de organizacion y asociacion de los obreros entre sí, desde la restauracion borbónica hasta la proclamacion de la segunda república.

Restaurado en Francia el trono de los Borbones y reconocidos en toda su legitimidad los derechos de Luis XVIII, merced á la alianza de los monarcas que más humillaciones y derrotas habian sufrido desde 1789 á 1814, anuncióse para el mundo una nueva era de paz y legalidad, que pudo turbarse por el arreglo del Congreso de Viena sobre los paises conquistados por Napoleón y la cuestion de indemnizaciones por gastos de guerra, y que se turbó, en efecto, con la vuelta del Emperador de la isla de Elba y durante los cien dias del Imperio. Cayó éste definitivamente en la célebre batalla de Waterlloo, y desde ese momento la Santa Alianza dirigió todas sus fuerzas á restaurar las soberanías legítimas y limitar las constituciones democráticas que se habian extendido rápidamente desde Francia á casi todos los pueblos de Europa. La elevacion de Luis XVIII acabó de descomponer el partido republicano, é hizo que el espíritu revolucionario se estacionase en el camino recto que habia emprendido desde fines del pasado siglo, dejando sin oposicion alguna que las ideas de libertad y república ce-

* Véanse los números 19, 20 y 22, páginas 17, 33 y 97.

diesen totalmente á las tradicionales de autoridad y monarquía, mistificadas en una ley fundamental ó Carta que la bondad borbónica se dignó conceder á los franceses. Aún más despótico y más intransigente en sus venganzas ultra reaccionarias que el reinado de Luis XVIII fué el de Carlos X, su hermano, que quiso resucitar las antiguas fórmulas de consagración, y hasta devolver á los emigrados los bienes de que les desposeyó la revolución. No llegó á realizarse esto por temor á grandes y graves complicaciones económicas; pero al cabo se indemnizó á los nobles realistas con 1.000 millones, al par que se decretaron leyes de sacrilegio, y se autorizaron conventos de monjas, y se restituyó al clero su antigua influencia, y se fundaron ricos beneficios y títulos eclesiásticos, y se protegieron asociaciones neo-católicas, y se entregó la enseñanza á los jesuitas, y se disolvió la Guardia Nacional, y se modificó la ley electoral, y se estableció la censura, y se nombraron de *real orden* las Cámaras de los Pares y los Diputados. Todo esto descontentaba más cada día al pueblo, que en unas nuevas elecciones sacó triunfantes los candidatos de oposición al poder ultra realista. No aprovechó el rey Carlos X este aviso; por el contrario, quiso castigar los alardes liberales de sus súbditos suspendiendo la libertad de imprenta, disolviendo la Cámara y modificando la ley electoral. Estas tres famosas ordenanzas fueron causa ocasional de la revolución de Julio, por lo cual recobró el pueblo sus derechos y la nación francesa su soberanía. Tres días duró la lucha: los diputados de la Cámara disuelta se reunieron el 29 de dicho mes para la creación de un gobierno provisional bajo Lafayette, Casimiro Perier y Odilon Barrot; el 31 quedó nombrado teniente general del reino el duque Luis Felipe de Orleans. Carlos X huyó de Francia, no sin prometer que retiraría las ordenanzas y se entregaría á la corriente liberal del pueblo, mientras Luis Felipe, después de jurar la Carta constitucional, adicionada y modificada en un sentido más democrático, subía al trono de los franceses *é inauguraba el nuevo reinado ciudadano; es decir, la monarquía popular rodeada de instituciones republicanas.*

La nueva revolución, aunque venció á los republicanos que una parte tan activa tomaron en ella, acabó de echar por tierra á la antigua nobleza, pretenciosa de haber recobrado su poder con la restauración. Luis Felipe recibió la corona de manos de la clase media, y solamente á título de rey de los franceses. Atenta esa clase social más al pacífico progreso interior, al desarrollo del comercio y la industria, de las ciencias y las artes, que á la agitación constante de las batallas en el exterior, dió fuerza y prestigio al nuevo trono hasta asegurarse de los combates de la reacción borbónica y de la revolución republicana, que ambas á dos se manifestaban por insurrecciones populares y militares y por conatos regicidas. Pero el rey olvidó

bien pronto su origen democrático y su cualidad de ciudadano, ya restaurando principios políticos y fórmulas absolutistas de los Borbones, ya mermando el derecho electoral á una gran parte de la misma clase media, fundadora y protectora de la nueva monarquía, ya planteando un sistema de *egoísmo y corrupción* como base de su poder y gobierno, ya eludiendo la ley que mandaba incorporar al Estado el patrimonio real, ya aumentando escandalosamente la lista civil, ya especulando con su fortuna particular, que era inmensa, sobre los negocios del Estado. *Cada hombre tiene su precio;* y de esta máxima inmoral de un político inglés se aprovechó Luis Felipe para autorizar entre los suyos el comercio de empleos, prevaricaciones, cohechos, falsificaciones, concesiones de acciones en compañías mercantiles, juegos fraudulentos, monopolios, privilegios y cuanto podía recaer en beneficio de los intereses privados del rey y su familia, y aún de los cortesanos y altos funcionarios.

Tan profunda corrupción y espantosa inmoralidad del trono, del gobierno y de la administración, hicieron posible la unión íntima de las partes inferiores de la clase media (artesanos, labradores, pequeños capitalistas y propietarios, comerciantes al por menor, etc.) con el pueblo, ó el cuarto estado, sirviendo de señal para el nuevo y más trascendental movimiento revolucionario la reforma electoral y el cambio de Constitución. Los bonapartistas y los legitimistas, desgraciados en sus tentativas de insurrección militar—Strasburgo, Boloña; ó popular—La Vendée—ayudaban á los republicanos en sus conspiraciones continuas contra la monarquía solamente, ó contra la monarquía *y la organización social existente*—Lyon, Paris;—que á unos y otros, legitimistas y bonapartistas, lo que importaba sobre todo era que estallase la revolución, sin cuidarse por de pronto ni en sus medios ni en sus fines. La corte misma anticipó el momento de la lucha entre el pueblo y el trono. Los procesos del general Cubieres y Teste, acusados de agios vergonzosos y deudas inmorales; el descubrimiento de haberse vendido al gobierno algunos periodistas liberales; lo repugnantes que eran la codicia ilimitada y la ciega ambición de Luis Felipe y sus parientes; el asesinato de la duquesa de Praslin y el suicidio de su esposo en la prisión, lo cual privó al pueblo de un juicio y una ejecución aristocrática, *gran falta contra el principio de igualdad ante la ley:* he aquí detalles que forman el prólogo ó la introducción del drama de Febrero. Exaltada justamente la opinión por la terquedad del rey *popular* en no convocar Cámaras formadas por una ley electoral amplia y respetada como la expresión verdadera de la voluntad nacional, se prepararon banquetes reformistas en las ciudades principales, frecuentados por los diputados de oposición, y donde á todas horas se pronunciaban brindis acalorados y discursos entusiastas contra el rey, su dinastía y go-

bierno. Para evitar el banquete solemne que habia de celebrarse en Paris con motivo de la apertura de la Cámara, elegida por privilegiados con voto por sus riquezas, resucitó el gobierno una ley antigua sobre reuniones políticas, que ni Napoleon, ni Luis XVIII, ni Carlos X se atrevieron jamás á poner en vigor en circunstancias bien difíciles y supremas. Fueron interpelados los ministros por Odilon Barrot, Garnier Pagés, Arago y otros con motivo de tal violacion del derecho de reunion; y en prueba de su oposicion decidida al gobierno, aquellos oradores enviaron papeletas de invitacion á los oficiales de la Guardia Nacional y á los periodistas republicanos, y juntos se prepararon para asistir al banquete. No llegó á verificarse éste por prohibicion del gobierno, que al efecto de impedirle tomó grandes precauciones militares y llevó á cabo prisiones de los patriotas más caracterizados. Pero á falta del banquete, el pueblo en masa hizo una manifestacion que nada tenia de pacífica desde los primeros momentos, al grito de *reforma, abajo Guizot*. Los más exaltados rodearon la Asamblea, pidieron la acusacion del ministerio, levantaron y defendieron barricadas; por su parte los soldados se resistian al combate, la guardia municipal se excusaba de luchar por su poca fuerza, y la nacional hacia causa comun con los insurrectos. Dos dias (22 y 23 de Febrero) pelearon en las calles de Paris tropa y pueblo, hasta que el rey cambió el ministerio y prometió la reforma electoral. Parecia todo calmado, y el contento se hizo general al solo anuncio de que Luis Felipe habia reconocido sus errores y empeñaba su real palabra de corregirlos en sentir del pueblo. Mas para desgracia suya y para suerte de la revolucion, varios tiros lanzados al aire por unos grupos de paisanos armados en el momento de pasar por delante del ministerio de Negocios Extranjeros, hizo creer á la guardia de este edificio que iba á ser atacada, y contestó con una descarga cerrada, de la que murieron muchos de los manifestantes. La revancha del pueblo fué terrible, sin que bastasen á detenerle en la lucha los cambios de ministerio en sentido ultra radical y las reformas electorales, ni tampoco la abdicacion de Luis Felipe en su nieto el conde de Paris. En su rápida y vergonzosa huida, el rey arrastró consigo su dinastía hasta el extranjero; porque la ridícula presentacion de la duquesa de Orleans, regenta del reino, y de sus dos hijos en la Cámara de los Diputados por aquellos instantes de exaltacion revolucionaria, no sirvió más que para ver la invasion del pueblo soberano y oír la proclamacion de la república.

No dirá nadie que la revolucion de Febrero aprovechó su victoria con violencias y venganzas sobre los cómplices del corrompido é inmoral reinado de Luis Felipe de Orleans. Invadidas las Tullerías, fué roto y quemado cuanto simbolizaba la monarquía; el trono, arrastrado hasta la plaza de la Bastilla, quedó despe-

dazado luego contra la columna de Julio. Significaba este desahogo de los revolucionarios que el pueblo estaba ya harto de fiar su felicidad social y su soberanía política á merced de los reyes. ¡Cuánta ingratitud y perfidia de éstos en sus dias de grandeza y poderío! ¡Cuánta bajeza y humillacion en sus dias de decadencia y ruina! Luis XVI, Napoleon I, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe I, soberbios, déspotas, crueles cuando se miraban apoyados en sus tronos por las bayonetas de sus soldados, apuntadas siempre sobre el corazon del pueblo, vejado, oprimido, empobrecido y engañado; humildes, liberales, bondadosos, cuando se vieron despojados de sus coronas por la fuerza revolucionaria de ese pueblo que busca siempre con su propia sangre el triunfo de la libertad política y de la justicia social. Como la de aquellos es la historia de todos los reyes en todas las naciones.

Al momento de verificarse la caida de Napoleon, los pueblos cesaron de oír el ruido de las armas y se suspendieron las guerras exteriores, cuyo objeto era para unos la conquista de nuevos territorios, para otros la defensa de los suyos propios, dedicándose todos ya á la vida política, á los intereses y derechos interiores. Cansada la Francia con razon sobrada de agitaciones revolucionarias y dictaduras personales, no tardó en fomentar por la via pacífica y legal el desenvolvimiento de tres grandes partidos, uno conservador y aristócrata, tradicional del derecho absoluto de los reyes y prerogativas de las clases privilegiadas (trono, nobleza y clero); otro liberal progresista, que ampliaba los derechos de dichas clases á las medias y á las primeras del pueblo, de suyo independientes y capaces para resolver con voz y voto de los destinos públicos en una forma de gobierno constitucional y parlamentario; otro democrático y radical, que á su vez conservaba los principios de la gran revolucion, modificados segun la experiencia y el tiempo reclamaban, dentro del sistema republicano y con propósito de ilustrar al cuarto estado sobre el ejercicio de sus derechos políticos y de sus intereses económicos. Despues de la caida de Carlos X y durante el reinado de Luis Felipe, algunos hombres de talento privilegiado intentaron confundir en uno los demas partidos distintos en aspiraciones y tendencias, resultando de esta confusion que se formase otro partido nuevo, llamado del *justo medio*, con pretensiones de gobernar mediante principios fijos y reglas invariables, así en lo político como en lo administrativo y económico. Con este sentido se inauguró la monarquía de Julio.

Era artificial la base en que fundaban los *doctrinarios* sus teorías de gobierno, y desde el principio viéronse combatidos por los legitimistas ó absolutistas y los demócratas ó radicales; los conservadores ó constitucionales se adhirieron casi todos al sistema del *justo medio*, el cual, si venció por de pronto á sus adversarios, fué como sabemos el causante principal de

la revolucion de Febrero. Ya desde el 5 de Junio de 1832 á Febrero de 1848, los republicanos vivian reducidos á la necesidad imperiosa de las circunstancias, limitándose unos á protestar contra la constitucion y el gobierno existente, adelantándose otros hasta condenar la organizacion social, predicando la negacion de la propiedad y halagando las pasiones de las clases jornaleras con la igualdad del capital y el salario, con el derecho al trabajo, con la creacion, en fin, de un organismo social garantido por el Estado, en el cual no hubiese ricos y pobres, capitalistas y asalariados, fabricantes opulentos y obreros miserables. La predicacion se hacia en los clubs, en las sociedades secretas, en el folleto y aún en la prensa política cuando las leyes de imprenta y la policia ministerial lo permitian. Tan rápido fué el incremento de las ideas socialistas entre las masas obreras, que con fe y entusiasmo se dedicaron los hombres de ciencia á sistematizarlas y ordenarlas, aunque en sentido diferente y variado. Hasta esta época habia guardado la idea social su unidad primitiva; pero en esta primera mitad del siglo XIX los reformistas abandonaron ya la idea de igualdad y la tendencia comunista y niveladora, reemplazándola con más ó ménos exclusivismo y mayor ó menor entusiasmo por la idea de libertad. La distribucion de los comunistas dejó sitio al reparto proporcional de los socialistas; la comunidad se vió ocupada por la asociacion.

El sistema *industrial* de San-Simon, el sistema *societario* de Fourier, el sistema *positivista* de Augusto Comte, el sistema *icariano* de Cabet, aparecen rápidamente llamando la atencion del mundo por la profundidad y trascendencia de sus principios y la crítica atrevida de la presente organizacion social.

Explicaremos á la ligera los principios fundamentales de cada uno de ellos.

* * *

SISTEMA INDUSTRIAL.—Enrique de San-Simon, conde español y par de Francia, rico primero, pobre luego, conspirador casi siempre, fundó la escuela cuya fórmula es: «Todas las instituciones sociales deben tener por objeto el mejoramiento moral, intelectual y físico de la clase más numerosa y pobre. A cada uno segun su capacidad, á cada capacidad segun sus obras.» Aquí el Estado industrial lo es todo, hace todo, clasifica todas las capacidades, distribuye todas las funciones, preside todos los trabajos y ordena la distribucion de todas las riquezas. El jefe de la gran familia es un Papa social ó industrial, que reúne los dos poderes espiritual y temporal. Los preceptos para la elevacion de la industria á primera funcion social y sobre el amor cristiano—este como medio de conciliar la oposicion entre las clases pobres y las ricas,—se desarrollaron y propagaron luego por Olindo Rodriguez y Bazard. L'Enfantin, por el contrario, exageró y mistificó las ideas del maestro con extravagancias religiosas y doctrinas inmorales: *asociacion de la mujer libre (la esposa de la revelacion) y el sumo sacerdote para gobernar juntos la gran familia*. Casi todos los sansimonianos sufrieron grandes persecuciones de los gobiernos y severos castigos que llegaron á imponerles los tribunales de justicia.

Aunque parece apartarse del comunismo, la escuela de San-Simon, semi-sacerdotal y sensualista, tiene las raices de su doctrina en la igualdad absoluta. Es verdad que la fórmula fundamental de sus principios implica la posesion individual de los instrumentos de trabajo y de los productos; pero verdad es también que la gran expropiacion y la abolicion de la herencia y la familia, que la creacion de un poder superior, irresponsable é infalible, con facultad absoluta de disponer de las cosas y las personas, actos son que guardan una perfecta analogía con el comunismo nivelador y despótico, sin que sea bastante á separarle de éste la ley especial sobre repartimiento de capitales y productos entre los individuos. De aquí que haya fructificado poco esta doctrina, hoy olvidada ya por su impotencia moral y material, por su incapacidad para dirigir la revolucion social en un sentido liberal y democrático. Sin embargo, la juventud ilustrada de Francia aceptó en un principio con entusiasmo las ideas de la nueva escuela; pero la discusion luminosísima que se entabló en la prensa, cuya mejor parte no llevaban ciertamente los discípulos de San-Simon, entibió pronto la fe de los adeptos, hasta el punto de que muchos abandonaron al maestro y la escuela para servir luego en puestos elevados los intereses de la monarquía de Julio y aún los del segundo imperio.

SISTEMA SOCIETARIO.—Creado por Carlos Fourier, pensador profundo y escritor ininteligible en muchas ocasiones. Está fundada la doctrina armónica-societaria en que la vida es universal y se manifiesta en estos cuatro movimientos de la naturaleza: reino mineral, reino vegetal, reino animal y reino social. El estudio de la naturaleza conduce á dos grandes leyes: ley primera, la série distribuye las armonías.—*Orden*; ley segunda, las atracciones son proporcionales á los destinos.—*Libertad*. Mediante la aplicacion de estas leyes quedan asegurados el orden universal y la libertad de todos los seres. Aplicada la gran ley seriaria á la organizacion social, habrá de manifestarse en toda la tierra por el orden más perfecto, y este orden habrá de conciliarse con la libertad más absoluta; porque al organizarse y funcionar en una *falange*, los hombres no tendrán más que un solo guia, la *atraccion*, no obedecerán sino sus tendencias, no escucharán sino sus voluntades, no realizarán sino sus destinos. La salud de la humanidad consiste en la union de fuerzas é individuos para fines comunes: *armonia social*. Hombres, mujeres y niños, independientes unos de otros en cuanto al empleo de sus facultades, seguirán entónces sus aptitudes, buscarán el bien por

medio del recto conocimiento de sus inclinaciones y pasiones. Se dividen las funciones sociales segun los mismos motivos, y tan sólo del trabajo efectivo dice esta escuela que puede nacer la libertad.

La fórmula económica del fourierismo es la asociación del trabajo, el capital y el talento. En 1808 escribió Fourier la *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*, obra en la cual indicaba su plan reformista, al paso que hacia la crítica de la sociedad. En 1822 dió á luz su gran libro *Tratado de asociación doméstico-agrícola*, donde ya construyó el nuevo edificio conforme á la ley natural y en armonía con el resto del universo. Le sirve de punto de partida la organización pasional del hombre; de base la unidad de sistema; de guía la analogía universal. Segun él quedan así resueltos los difíciles problemas sociales y económicos; y de adoptarse su sistema no habria miseria, ni trabajo repugnante, ni odios, ni crímenes, ni dudas sobre el porvenir. Dejando á un lado la economía privada y la sociedad local sin vínculos interiores, establece el *Falansterio*, que es un gran edificio capaz de alojar hasta quinientas ó mil familias, las cuales forman una colonia agrícola-industrial, en donde no puede haber pobres ni asalariados; en donde deben quedar bien socorridos los ancianos y enfermos; en donde el trabajo social está dividido en diferentes clases, segun las inclinaciones de los miembros de la falange; en donde los niños son educados á expensas de la colonia; en donde las mujeres conservan la libertad y dignidad de su sexo; en donde, finalmente, no existe más que la armonía y no reina sino el placer y el contento general. En el goce de los productos se atiende á la individualidad, midiendo la parte de cada uno por el capital impuesto, el trabajo ó el talento. El capital social se forma por acciones, reconociéndose el derecho de propiedad hereditaria sobre el suelo. Los elementos que representan esta organización local son cuatro arreglados: civil, político, moral y religioso, y seis libres: agricultura, fábrica, menaje, artes, ciencias y comercio. Hay otro elemento que participa de los dos anteriores: la educación. Dirige ó preside á la falange un consejo de ancianos.

Es la teoría de Carlos Fourier una de las más completas que sobre organización social aparecieron en Francia por la primera mitad del presente siglo y de las que mejor revisten el sello de la originalidad, cuando ménos en lo que á la forma de presentación se refiere. Las nuevas ideas de Fourier sobre el pasado, presente y porvenir de la humanidad, sobre la teología, la cosmogonía y la historia, sus opiniones sobre la geología y la psicología, sus profecías, etc., han sido y son todavía temas constantes de discusión entre los críticos para saber en definitiva si el célebre reformador fué un verdadero genio científico, capaz de producir con sus obras una revolución en los des-

tinios humanos, ó un loco que estuvo á punto de trastornar con sus pensamientos atrevidos y proyectos gigantescos el orden regular de los Estados y pueblos.

Se aparta esta doctrina del comunismo más que la de San Simon, pero quiere con éste concurrir en comun á la explotación agrícola y al ejercicio de la industria. Establece la libertad de cada individuo en el seno de la familia, la libertad de cada familia en el seno del municipio ó la *commune*, la libertad de cada municipio en el seno de la humanidad; pero la ley del deber se sustituye por la ley de atracción pasional; dando lugar con esto, que podemos llamar emancipación de los instintos y las pasiones, á una lastimosa confusión de las condiciones morales del hombre, buenas y malas, y por consiguiente al fácil dominio de una anarquía viciosa en el edificio comunal ó falansterio. Con éste la teoría fourierista destruye totalmente la propiedad individual; el propietario encuentra una compensación ó una remuneración, nunca la declaración y el reconocimiento de su derecho, lo cual es una adulteración ó mistificación de la doctrina comunista. Por otra parte, admitido como está en dicha teoría que el capital social se divide en acciones, claro es queda establecida la distinción de los que viven de sus rentas y los que viven de su trabajo, gozando aquellos de sus bienes transmisibles por herencia, lo que ya es privilegio, y de sus derechos á la administración, gobierno y economía de la falange, y quedando éstos, es decir, los trabajadores, como párias, sin bienes que disfrutar, sin derechos que cumplir, sin empleos que servir. Se ve aquí la contradicción en que incurre frecuentemente el fourierismo, entre el organismo industrial y el modo de repartición, entre sus ideas fundamentales de la ciencia social y los hechos positivos ó reales, entre sus conceptos de la civilización y las manifestaciones claras y evidentes del progreso en el orden económico.

Víctor Considerant, el discípulo más eminente y constante de la escuela societaria, ha purgado de bastantes errores la doctrina del maestro, la ha hecho más clara y dotado de otros principios más aceptables en la práctica y más conformes á la razón. Hoy aún, á pesar de la dificultad de los falansterianos para hacerse comprender del vulgo, y á pesar también de la guerra que les tienen declarada los sectarios de otras escuelas, propagan sus ideas con gran entusiasmo y buena fe por todas partes. El nombre de Fourier es conocido y respetado en Alemania, en Inglaterra, en España, en casi toda Europa, en los pueblos del Norte, y aún en América; su sistema se ha extendido mucho en Francia, merced á la activa propaganda de los fundadores de la escuela societaria, que no cesan en la publicación de periódicos, revistas, folletos y libros. Hace años que vienen realizándose, aunque sin gran fortuna, ensayos de falansterios, tentativas de colonias agrícolas é industriales;

recordamos entre otros puntos á Condé-Sur-Vergre, cerca de Versalles, abadía de Citous en Borgoña, en la república de Tejas, en el Brasil, en los términos de Jerez de la Frontera, en Guisa, etc. Prueba esto el espíritu infatigable de los discípulos de Fourier, por unir la teoría á la práctica, á la vez que la impotencia del sistema para desenvolverse pacíficamente y con toda regularidad en el seno de la sociedad presente. De otro lado hay que convenir en que tales ideas, por lo abstractas y confusas, no han pasado ni pasarán de los eruditos al vulgo, de los filósofos á las muchedumbres, que marchan por otro camino más claro hácia la emancipación del trabajo.

POSITIVISMO.— Sistema filosófico de M. Augusto Comte, otro de los ilustres genios de la ciencia moderna. Cuenta con numerosos adeptos y propagandistas en Francia é Inglaterra, algunos en España é Italia, muy pocos en el resto de la culta Europa. La filosofía positivista está basada en que no es dado al hombre conocer más que los hechos ó fenómenos de un modo relativo, nunca absoluto. Siguiendo el sentido de esta escuela—que puede y debe considerarse como continuadora y justificativa de las ideas de Aristóteles, Bacon, Descartes y Leibnitz, etc., como relacionada por las tradiciones científicas con Galileo, Hume, Brown, Gall, Bichat, y otros,—jamás llega á adquirirse el conocimiento de la esencia, naturaleza ó causa íntima de un hecho ó fenómeno, sino el de la armonía ó relación de sucesión y semejanza entre uno y otro. Llámense leyes á estas relaciones siempre constantes, ó que son siempre las mismas en iguales condiciones y circunstancias.

Con una modestia no común entre los innovadores científicos y los reformistas de la sociedad, M. Comte deja de reclamar para su doctrina un título de originalidad, y tampoco pretende se le considere ó tenga como su autor y fundador: Reconoce como creadores de la doctrina positivista á cuantos ántes que él pusieron virtualmente en práctica algunos principios semejantes á los suyos, y se limita á sostener como clara, ordenada y perfecta su clasificación de la ciencia. En oposición á la *metafísica* y á la *teología*, el *positivismo* tiende á sustituirlas ó reemplazarlas á medida que el progreso investiga y descubre mayor número de leyes invariables en los fenómenos de la naturaleza, en los de la vida humana, en los del orden social.

Apartándonos del fundamento filosófico de la escuela positivista, pues no es este nuestro objeto, fijaremos la atención solamente en las utopías socialistas de Comte, que fueron ya desechadas hace tiempo aun por los mismos afiliados á esta doctrina en Francia é Inglaterra.

LA FÍSICA SOCIAL Ó SOCIOLOGÍA establece que la propiedad individual es la base necesaria de toda sociedad, la condición de todo progreso como de toda

dignidad; que la división de las funciones económicas es tan inevitable como indispensable; que la riqueza, social en su origen y destino, debe sin embargo ofrecer una proporción personal para emplearse con independencia en servicio de la humanidad. En el orden económico señala tres funciones esenciales: producción, conservación y trasmisión. Debe reservarse la renta para el desarrollo de los agentes productores y de los instrumentos de trabajo. La parte de capital que el dueño emplea para sus usos particulares ha de regularse moralmente con una sabia economía. Considerando la posesión de la riqueza como una función social, debe transmitirse con arreglo al principio de la herencia sociocrática: que cada poseedor de capital instituya heredero al que estime más digno. Bajo el punto de vista de la estática social, el *Gran sér*, es decir, la *Humanidad*, puede considerarse como impulsado por el sentimiento, iluminado por la inteligencia y sostenido por la actividad. De aquí se deducen tres elementos constitutivos del orden social: el sexo afectivo, ó la mujer, cuya esfera de acción es la familia; la clase contemplativa, ó el sacerdote; la fuerza práctica, ó los hombres activos. Dividense éstos en patriciado y proletariado.

En resumen, el plan de reforma sociocrática de Comte se da la mano con el de Saint-Simon; y ya por su explicación demasiado científica, ya por el despotismo espiritual que le anima, ya por las categorías que reconoce, ya por la oposición que hace á muchos principios de la escuela liberal ó revolucionaria, es lo cierto que nunca se ha popularizado, á pesar de los generosos esfuerzos de sus discípulos.

SISTEMA ICARIANO.—Fué Cabet uno de los socialistas que con más fe pensaron realizar en el siglo actual las utopías de los filósofos griegos y de los primeros cristianos, las utopías de los escritores comunistas de la Edad Media, las utopías regeneradoras de la humanidad que predicaron los jacobinos del 93 y sostuvieron después los iguales de Babeuf. Con mediana forma literaria y un fondo de odio hácia esta organización social, escribió Cabet su *Viaje á Icaria*; país ideal, nuevo paraíso terrenal, donde el placer y la felicidad son comunes á todos los habitantes, donde reinan en todo su esplendor la libertad y la igualdad, la fraternidad y la justicia, la moral y el orden, la inteligencia y la razón, la riqueza y la paz, el orden y la unión, la elegancia y la magnificencia, la concordia y el honor, la virtud y la educación. Hay en el sistema icariano multitud de principios que se contradicen y que son de difícil é imposible ejecución, por ejemplo: proclamación de la libertad, admisión de una esclavitud degradante, limitación de los derechos humanos; unidad social y política, extensión del poder legislativo á dos mil individuos, función del poder ejecutivo por quince ministros y un presidente. Otros muchos ejemplos como estos pudiéramos citar, que

demonstrarían el caos político y social, moral y físico, en que habrían de caer necesariamente los habitantes de *Icaria*.

El furor de sus ataques contra el orden de cosas establecido en Francia desde el imperio, la restauración y la revolución de Julio, hizo de Cabet uno de los hombres más temidos en el reinado de Luis Felipe y de los más importantes en el movimiento popular del 48. Su prestigio personal y la influencia de su sistema llegaron al mayor grado entre las clases obreras. El cabetismo, si nos es lícito usar esta palabra, sirvió de fundamento á la organización del trabajo por Luis Blanc. Véase si no el siguiente extracto sobre el trabajo en *Icaria*.

«El trabajo no tiene aquí nada de repugnante. Máquinas prodigiosamente multiplicadas permiten al hombre más descanso y seguridad. Ingeniosas disposiciones mecánicas hacen fácil la supresión de oficios bajos é insalubres. Un orden formal y una disciplina perfecta reinan en los talleres; jefes electivos dirigen las obras mediante reglamentos fijos. Entre estos reglamentos, los que son comunes á todos los talleres están discutidos y votados por la Asamblea general, y tienen fuerza de ley; los otros, de puro carácter particular ó profesional, son discutidos y votados por los obreros respectivos. Todos los oficios son igualmente dignos de estimación y respeto; cada uno sigue el suyo según su inclinación ó gusto. Los que se distinguen por su actividad, talento, inteligencia ó genio, no reciben recompensa alguna material superior á la de otros, pero sí una remuneración moral, distinciones públicas y hasta honores nacionales.» En una palabra, el sistema económico de Cabet reproduce, como hemos dicho, las ideas de sus predecesores, pero acomodándolas hábilmente con los progresos de la actual economía social y con el moderno tecnicismo revolucionario. De aquí que haya sido fácilmente entendido por el vulgo y que haya impresionado más fuertemente los ánimos de las clases obreras. Cuando veamos el sistema de M. Blanc, hallaremos que uno y otro establecen los talleres nacionales comanditados y reglamentados por el Estado y la igualdad de recompensas; ambos á dos someten á reglas fijas el salario de los obreros y el precio de los objetos de primera necesidad, para que cada cual pueda vivir convenientemente con el producto de su trabajo y propiedad.

Llegamos por fin al año 1848; época notable en la historia, no ya por lo que á la política toca en primer término, sino por lo que principalmente se refiere á la manifestación social del proletariado moderno, ya de un modo pacífico en la cátedra y el libro, ya de una manera violenta en las barricadas de París. La influencia de las doctrinas de L. Blanc, P. J. Proudhon y P. Leroux en la revolución de Febrero, nos obliga á dejar para el siguiente capítulo la explicación y crí-

tica de sus doctrinas, terminando el presente con datos que revelan el trabajo de organización y asociación que por aquellos tiempos llevaban á cabo los obreros entre sí.

* * *
Puede asegurarse que hasta 1830 no se asociaron los obreros entre sí para emancipar el trabajo del capital. Ni en los antiguos tiempos de Grecia y Roma, ni en la Edad Media de los pueblos europeos, ni en su época moderna, apenas si vemos á las masas obreras asociarse y coaligarse en defensa de sus propios intereses. Es en este siglo cuando el cuarto estado, el proletariado, se presenta como clase, demandando el ejercicio de sus legítimos derechos, y manifestando un claro conocimiento de sus deberes, con idea de su fuerza y conciencia de su misión trascendental en el organismo de las sociedades. Antes, las asociaciones obreras adoptaban por fundamento el alivio de sus primeras necesidades, en los casos de enfermedad y muerte, para sus individuos y familias; más bien que asociación, era corporación de los obreros de un mismo oficio y hasta de un mismo taller, sostenida por un espíritu caritativo y religioso, bajo la advocación de un santo ó una vírgen, patronos tradicionales de la cofradía. Aun los así asociados encontraban más ventajas para su sostenimiento material que los obreros que preferían el aislamiento. Cuando la religión se miró con indiferencia, por efecto de la filosofía del siglo XVIII y del escepticismo volteriano que se infiltró en todas las clases de la sociedad, las congregaciones obreras se apartaron del espíritu católico que las dominó por mucho tiempo, para entregarse á las asociaciones políticas, á las sociedades secretas, á los clubs, etc., cambio que produjo instantáneamente el deseo de la libertad en vez del precepto de obediencia á los jefes de taller, maestros y oficiales. De aquí que ya predominase entre los obreros la tendencia reformista en sentido económico al par que político; tendencia sostenida y desenvuelta por las escuelas socialistas que hemos enumerado anteriormente. Cuando no otra cosa, las ideas de Saint-Simon, de Fourier y de Cabet, sirvieron de preparación intelectual á la clase proletaria, que cansada de oír doctrinas erróneas y contradictorias acerca de su emancipación social, buscaba en sí misma la solución de los grandes problemas suscitados por la revolución moderna.

Ya en los tiempos del imperio algo adelantaron los obreros en la vía de su emancipación con la rebaja de los diez años de aprendizaje, exigidos por los estatutos, á cinco, cuatro y tres años, según que estuvieran pagados y alimentados por los maestros, ó nada más que pagados, ó en cambio abonaran los gastos de aprendizaje; pero como todos eran libres de llamarse como querían, maestros ú oficiales, dióse lugar con esta tolerancia ó libertad á rupturas definitivas entre los aprendices y las categorías superiores del trabajo y á

un aumento considerable de los salarios. Durante el imperio, el término medio del salario de un obrero comun era cuatro francos, elevándose á seis ú ocho francos el de un obrero inteligente, ó cuya profesion requiriese algun talento. La duracion media del trabajo era de doce horas, y dos de estas se destinaban al reposo y la comida, progreso debido á la revolucion, porque hasta 1789 y 1790, el trabajo duraba doce horas efectivas. Sin duda que la exigencia de los obreros, satisfecha por los capitalistas acerca del precio y de las horas del trabajo, nació de aquellas leyes de conscripcion, que á la guerra se llevaron de los campos y talleres millares de jóvenes que vivian solamente de su trabajo diario. ¿No era entónces natural la demanda de altos salarios y disminucion de horas de trabajo por los obreros buscados con tanto afan, aún sin gozar de títulos superiores y con la edad propia de los aprendices?

Cuando ya el imperio tocaba á su fin y el territorio francés era invadido frecuentemente por los soldados extranjeros, sobrevino en toda la nacion, más especialmente en Paris, Lyon, Marsella y otras ciudades de numerosa poblacion obrera, una crisis económica que aumentaba y se agravaba con la falta de trabajo. Millares de obreros recorrian las calles pidiendo pan ó trabajo, fijando pasquines por las esquinas contra el emperador y excitando al pueblo á un levantamiento revolucionario; predicaciones y excitaciones que no pudieron cortar los agentes imperiales, ni el gobierno evitar con sus decretos sobre grandes terráplenes, sobre construccion de canales, sobre levantamiento de edificios públicos, etc. Miétras sucedia esto entre la clase jornalera de las ciudades, la de los campos encontrábase en condiciones relativamente mejores; quizás por causa de su aislamiento político, los obreros agrícolas se dedicaron con mayor ardor que los de artes y oficios á la mejora de su posicion material, fomentando sociedades de socorros mútuos, creando otras que hacian necesarias las circunstancias generales de la nacion y las locales de su país respectivo, viviendo casi siempre al amparo de los prefectos y sometiendo gustosos á las leyes del imperio. Los obreros de las ciudades siguieron algun tiempo aislados unos, agrupados y confundidos otros en las sociedades secretas, focos de conspiracion para derribar el imperio y sustituirle con la república, segun la tradicion del pasado siglo.

Pero por distinto lado del pueblo cayó el imperio, y en lugar de la república vino la restauracion borbónica, ansiosa de echar tambien por tierra las conquistas de la gran revolucion. En punto á organizacion industrial, sabemos ya que la Asamblea Constituyente habia decretado la libertad de trabajo, medida de beneficios incalculables; pues bien, apénas se sentó Luis XVIII en el trono de sus mayores, cuando los realistas acudieron á las cámaras demandando el res-

tablecimiento de las corporaciones, de las maestrías y los gremios, es decir, el restablecimiento del organismo industrial anterior á la revolucion. Dura y tenaz fué la lucha que la corte sostuvo con la cámara de comercio, celosa de tan preciosa conquista económica, hasta que en fuerza de concesiones por una y otra parte, se adoptó la idea del *sindicato*, medio de transaccion que fué repulsivo, lo mismo á los dueños de grandes fábricas y fuertes capitalistas, que á los pequeños industriales y á los obreros de todas clases. Sin embargo, por entónces, y con autorizacion de la policía, diversas profesiones y algunas asociaciones obreras (más bien éstas creadas para el monopolio de una industria que para fines de utilidad comun sobre preceptos de justicia) establecieron cámaras sindicales; pero no se extendió mucho este pensamiento, porque la libertad de industria estaba ya fuertemente arraigada en la opinion pública, que no permitia ni toleraba siquiera se la trabase ni limitase de modo alguno.

Mas si el restablecimiento de las corporaciones, maestrías y gremios se hizo imposible, el gobierno reaccionario de la restauracion quiso vengarse por otro lado del espíritu liberal, democrático y revolucionario de los obreros. Cuantas leyes restrictivas del trabajo y atentatorias á la libertad se conocian de antiguo y estaban en desuso, se resucitaron y restablecieron en todo su vigor; llegándose hasta ordenar á los dueños de fábricas y talleres, jefes ó patronos de artes y oficios, que cada vez que los obreros cesasen en sus trabajos con el objeto de procurarse un aumento de salario—greve, paro ó huelga—comunicaran á la policía administrativa, dentro del término de veinte y cuatro horas, una nota de sus nombres y apellidos y de sus domicilios. Esta violacion de la libertad individual se hizo extensiva á la propiedad, vejándola, oprimiéndola, fiscalizándola con leyes municipales á pretexto de orden público y conservacion de la sociedad. ¿Debia vivir así mucho tiempo la monarquía de la restauracion? Ni Luis XVIII al morir, ni Carlos X al dejar la corona para que Luis Felipe la recogiese de la revolucion, pudieron decir que gozaron de simpatía alguna entre la clase media y el pueblo.

Al abrirse el período histórico de Luis Felipe, *la mejor de las repúblicas*, era extraordinaria la agitacion de ideas entre los obreros, á causa, como hemos dicho, de las publicaciones sansimonianas, fourrieristas y cabetistas. Aun los primeros ministros del rey ciudadano se contagiaron al parecer de este movimiento social, y todo el mundo se dispuso á estudiar los medios mejores *para el bienestar de los obreros que con su heroismo levantaron la dinastia de Julio*. Pero la situacion era impotente desde el principio para remediar las crisis comerciales é industriales y el grave mal de los innumerables obreros que vivian sin trabajo ni ocupacion. Pudieron aquellas contenerse algunos dias, merced á los préstamos del

tesoro al comercio y á las fábricas amenazadas de inminente ruina; pero nada satisfacía la imperiosa necesidad de levantar el trabajo en las ciudades obreras. En Lyon tomó la cuestión social serias proporciones, hasta el extremo de intervenir la autoridad en las diferencias entre fabricantes y obreros sobre la utilidad de una tarifa del *minimum* de salarios. Negáronse los primeros, y protestaron contra la ingerencia del Estado á las transacciones privadas; pero una numerosa manifestación pacífica les advirtió de la conveniencia en ceder pronto á la justa petición de los obreros.

Así lo anunciaron los agentes del gobierno á la comisión de obreros, retirándose éstos tranquilos y satisfechos á iluminar sus casas y celebrar con fiestas pacíficas el triunfo de sus derechos. La alegría tornóse al momento en furiosa desesperación, porque los fabricantes no se descuidaron muchos días en rehusar lo fijado en tarifa y en romper sus solemnes compromisos. Los obreros de Lyon, después de una sangrienta jornada con las tropas del gobierno, se hicieron á sí propios completa justicia en los bienes y las personas de los fabricantes que faltaron á la fe empeñada solemnemente, y tan solo cuando Soult llegó de París con un nuevo ejército, entregaron la ciudad y sometieron á las leyes.

De más estaría decir *que aquel rey, elevado al trono por el heroísmo de los obreros, se puso de parte de los fabricantes de Lyon, y permitió excesos y venganzas de éstos contra los insurrectos.*

A partir de aquí las cuestiones entre fabricantes y obreros de Lyon toman siempre un carácter de violencia material que ahonda más y más la distancia que separa á unos de otros, que agrava la situación de todos y que anuncia para tiempos posteriores peligros inmensos y grandes desgracias. Lo ocurrido en Lyon se repitió con los mismos resultados en otros puntos de Francia, pero siempre con la resistencia de los fabricantes. En todos estos hechos hicieron causa común la clase obrera y el partido republicano.

Vencedores Luis Felipe y la *bourgeoisie*, era natural que sufriese gran modificación la ley sobre asociaciones, y que se persiguiese y castigase á los jefes de los partidos avanzados y á los obreros influyentes en las fábricas. Estos por su parte se acomodaron en sociedades secretas, cuyos lemas eran: revolución social por medios políticos; emancipación de la clase obrera por una mejor división del trabajo y una repartición más equitativa de los productos; abajo todos los privilegios, aún los del nacimiento; abajo el monopolio de las riquezas; abajo la explotación del hombre por el hombre; abajo las desigualdades sociales... Se ve aquí perfectamente el espíritu socialista de San Simón dominando al partido republicano, sin que por ello aceptase éste los detalles del sistema. Republicanos y obreros, partidarios ó no de las ideas sansimonianas, todos cayeron bajo la vigilancia de la poli-

cía, ó bajo la acción de los tribunales, ó bajo la persecución del gobierno.

Muy quebrantados quedaron aquellos para intentar de nuevo en algunos años por medios violentos el triunfo de sus ideas políticas y aspiraciones sociales; por esta impotencia revolucionaria, la monarquía popular se creyó completamente segura, y les permitió al cabo de pocos meses una propaganda científica y literaria. Así es como de nuevo pudieron agitar la sociedad San Simón y Fourier, Cabet y Proudhon, Luis Blanc y Leroux, á la vez que talentos privilegiados como Say, Rossi, Chevalier, Blanqui, Reybaud y otros, establecían la ciencia de la economía política sobre la base de la libertad, pero sosteniendo contra los socialistas los derechos del capital y de la industria, y contra los proteccionistas los derechos del consumidor, en principios, reglas y leyes que habremos de tratar luego con la extensión que merecen. No contribuyeron ménos á inculcar en el pueblo un sentimentalismo democrático-socialista las novelas de la marquesa Dudevant (Jorge Sand), de Eugenio Sué y Emilio Souvestre.

En medio de esta tregua política entre los partidos exaltados y la monarquía, pudo el gobierno dirigir las graves cuestiones que llegaron á suscitarse por los libre-cambistas y los proteccionistas, ora inclinándose del lado de aquellos, ora sosteniendo las exigencias de éstos. La reforma verificada por entonces en Inglaterra dió á los partidarios de la libertad un señalado triunfo moral sobre sus adversarios, que temerosos de perder sus intereses, levantaron el grito en todas partes á pretexto de defender el comercio, la industria y el trabajo nacional. Creáronse, pues, ligas proteccionistas en las ciudades manufactureras, á las cuales se opusieron ligas libre-cambistas formadas con entusiasmo bajo la dirección del eminente economista Bastiat. Como aquellas se componían de hombres influyentes en la política, la legislación pudo conservarse intacta á su favor por algunos años, mientras que los libre-cambistas propagaban en el libro y el periódico, en las cátedras populares y los congresos científicos internacionales, sus ideas reformistas, que no tardaron en hallar eco, principalmente en la juventud estudiosa de todas las naciones.

Por su parte, los obreros buscaron en la asociación voluntaria un medio mejor para remediar algo su injusta y triste suerte al amparo de la legislación y del conocimiento de sus propios intereses. Imitaron en esto á sus predecesores en la revolución que asociaron sus capitales en empresas mercantiles é industriales, tales como transportes terrestres y marítimos, compañías coloniales, bancos de emisión y descuentos, cajas de depósitos, sociedades mineras, etc., y realizaron inmensas riquezas. Para que la asociación obrera no disminuyese ni limitase la libertad individual, estudiaron sus iniciadores hacer de aquella una

extension ó complemento de ésta. Cuando describamos las asociaciones obreras de Inglaterra, país donde se fundaron y desarrollaron con feliz éxito ántes que en Francia y demas países de Europa y América, veremos si quedó resuelto ó no ese problema difícil de la compatibilidad y armonía entre la asociacion y la libertad.

Bien pronto tomó la asociacion de los obreros en Francia sérias proporciones, mientras que las diversas escuelas socialistas discutian la intervencion del Estado como medio de alcanzar un empleo equitativo de las fuerzas económicas y una reparticion mejor de los productos, y mientras que la economía política miraba en su desarrollo más á la cuestion de interés que á la de justicia. Uno de los hombres que más sinceramente contribuyeron al crecimiento de las asociaciones obreras fué Buchez, fundador de una secta democrático-cristiana, cuyo órgano en la prensa era *El Taller*. Al principio no dieron los ensayos satisfactorios resultados, á pesar de la buena fe del fundador y de la pura intencion de los obreros afiliados. Proclamaban la igualdad de los hombres y hacian de la asociacion uno de los deberes más sagrados; negaban la existencia de la igualdad mientras haya quien viva cómodamente y en la ociosidad y quien trabaje asiduamente sin recoger á duras penas lo suficiente á sus necesidades más materiales. Si el trabajo, decian, es la única fuente de riqueza, ¿de dónde viene que los que trabajan mucho son los más pobres, quizá hasta indigentes y miserables? De aquí dedujeron lógicamente la causa: hallarse los trabajadores sin posesion de los instrumentos de trabajo, mientras éstos se encuentran en manos de los capitalistas.

Como no es posible que los obreros vivan sin trabajar, y no se alcanza el trabajo sin instrumentos, claro es que todos han de someterse á las condiciones, reglas y exigencias, siempre ó casi siempre injustas, de los poseedores del capital é instrumentos. El medio, pues, de hacer independiente al trabajador será entonces asegurarle la posesion del instrumento de trabajo, procurando llegar á este resultado sin la intervencion del Estado y pacíficamente. Que los obreros se reúnan, agrupen y asocien, conociéndose bien ántes unos á otros; que aporten una suma suficiente para abrir un taller; que trabajen por su cuenta y riesgo; que el producto de este trabajo se lo repartan entre sí proporcional y justamente, y se habrá practicado en toda su sencillez y verdad el principio de asociacion; principio fecundísimo porque trasforma al obrero su condicion de asalariado por la condicion de co-proprietario del taller donde trabaja; porque reporta al trabajador y su familia los beneficios que jamás encuentra aislado ó trabajando por cuenta de otro; porque hace posible la realizacion lejana de una utopia querida de muchos, la igualacion de fortunas; porque evita las crisis comerciales é industriales, frecuentes siempre

que el trabajo depende de los especuladores capitalistas; porque el trabajo del asociado es, en fin, más propio de la dignidad humana, en cuya esfera jamás puede entrar de lleno el trabajo del asalariado. No aseguramos que la asociacion sea el medio único de curar radicalmente los males y vicios de la organizacion actual de la sociedad, pero sí creemos sea un gran recurso que debe emplearse para llegar al fin de justicia que los reformadores se proponen y los obreros esperan con resignacion y calma. Así entendida la asociacion, ¿quién duda de que moraliza la familia separando del taller á la mujer y al niño, aquella para que cumpla en el hogar doméstico las augustas funciones de madre, éste para que reciba en la escuela una educacion conveniente? Pensamos, pues, que el salario envilece, ó cuando ménos degrada y hace permanente la ignorancia del obrero; y pensamos, tambien, que asociado y siendo dueño del instrumento de trabajo, el obrero anticipa conscientemente y de un modo pacífico la regeneracion social de la humanidad.

Las ideas radicales que desde 1831 principiaron á propagar Buchez en union de Leroy y Bertrand, eran las mismas que treinta años despues sostuvieron los obreros de Luxemburgo. Bajo el auspicio de tales ideas político-religiosas con sentido democrático y cristiano, formáronse algunas sociedades, que no contaron larga vida. En 1834, la de los joyeros y plateros pudo sostenerse solamente, aunque á costa de muchos contratiempos y grandes sacrificios. Contaba primero dicha sociedad con cuatro miembros, luego diez y ocho, que disminuyeron á doce en 1851, y á ocho en 1865. Con ser muy escaso el número de los afiliados, respetaron éstos fácilmente las condiciones rigurosas de su constitucion; y se comprende bien al saber que eran hombres profunda y severamente religiosos, animados de un espíritu superior á las debilidades y apariencias del mundo, sin importarles nada su situacion particular ó individual ante la prosperidad y riqueza de la asociacion ó comunidad. Otras sociedades, doce lo más, se fundaron en esta época de 1834 á 1848, ya porque la idea no fuese aún bien entendida por las clases obreras, ya porque no se propagase y explicase suficientemente, ya tambien porque las persecuciones de los gobiernos á los obreros declarados en huelga y á las asociaciones que manifestaban oposicion á Luis Felipe; y esto todas lo hacian privada ó públicamente, convenció á los trabajadores que nada conseguirian con procedimientos pacíficos; por el contrario, que de alcanzar algo, mucho ó todo, sería por la revolucion armada.

Necesitamos, pues, entrar en 1848 para explicar detalladamente los progresos de la asociacion obrera.

JOAQUÍN MARTÍN DE OLÍAS.

EL CUERPO HUMANO Y LOS BAÑOS.

La absorcion de la piel en el baño.—Importancia del asunto bajo el punto de vista de la terapéutica.—Recientes experimentos.—Variaciones de peso del cuerpo humano.—Las pérdidas de sustancia.—Exhalaciones pulmonares y cutáneas.—Medio de disminuir tres libras en una hora.—Exámen crítico del medio empleado para medir la absorcion de la piel.—Causas de las variaciones de peso.—Influencia de la presion y de la temperatura.—Las variaciones barométricas y las modificaciones de la circulacion sanguínea.—Marcha paralela del barómetro, de la depresion nerviosa y de la pereza muscular.—Causas del malestar que se experimenta en los cambios de tiempo.—Explicacion de las propiedades terapéuticas de los baños.

La Academia de Ciencias ha discutido en su seccion de fisica una cuestion que, á decir verdad, no ha sido resuelta; nos referimos á la verdadera accion de los baños sobre el organismo. ¿Absorbe la piel el agua y los principios mineralógicos que contiene? ¿Aumenta ó disminuye durante el baño el peso de nuestro cuerpo, ó solo hay una influencia de contacto, resistiendo la piel la penetracion del líquido? El problema es complejo, y merece fijar la atencion de las personas estudiosas.

Quizá no se conozca bien, fuera de la ciencia, hasta qué punto se modifica á cada instante el peso del cuerpo. Las personas que creen conocer exactamente el peso de su cuerpo, se engañan en alto grado. Si se pudiera colocar un hombre, en buen estado de salud, sobre el platillo de una balanza vertical, como las que sirven para pesar las cartas, se veria continuamente en movimiento la balanza. El platillo bajaria despues de cada comida, subiria en los intervalos revelando una disminucion de peso, y volveria á bajar despues, y así sucesivamente. El peso del cuerpo no está nunca estacionado. El hombre, como todos los animales, gasta *incesantemente* su propia sustancia, y no observa sus pérdidas sino *periódicamente*.

Imaginemos una habitacion cuyas paredes fueran de hielo, y á través de la cual se dejara circular una corriente de aire seco y frio. Si pesamos un hombre y le encerramos en esa habitacion, la atmósfera se alterará en seguida; formaránse nubes de vapor, y el hielo se derretirá. Es que el hombre ha desprendido calor de su cuerpo, fabricado agua y ácido carbónico, y naturalmente pierde algo de su peso.

Un hombre, en buen estado de salud, absorbe cerca de cuatro kilogramos de alimento por dia; expulsa poco más de kilo y medio, y se asimila por lo tanto unos dos kilogramos. Naturalmente estos dos kilogramos de asimilacion van desapareciendo diariamente, porque si no fuera así llegaria el hombre á pesar una tonelada al cabo de un año. Las oxidaciones en el organismo

trasforman la sustancia asimilada en ácido carbónico, en agua, en una sustancia llamada *urea*, y en algunos compuestos alcalinos. Es el último término de las metamorfosis que experimenta el alimento desde su introduccion en la economía.

Además de los alimentos, el animal absorbe oxígeno del aire, que tambien hace peso. Cada dia atraviesan el pulmon 110 metros cúbicos de aire, que queda empobrecido en 4 á 6 por 100 de oxígeno y enriquecido en 4 ó 5 por 100 de ácido carbónico que le suministra la sangre. En las veinticuatro horas el hombre consume 650 gramos próximamente de oxígeno, y fabrica 800 gramos de ácido carbónico, que corresponden á la combustion de un trozo de carbon de 210 gramos. Sale, pues, cada dia de nuestro cuerpo una cantidad de carbon que se aproxima á media libra.

No solamente se escapan de los pulmones 800 gramos de ácido carbónico, sino tambien 450 gramos de agua, ó sea más de la tercera parte de un litro. Esta cantidad se eleva algunas veces á más del triple.

La piel es tambien una fuente de pérdida considerable para la sangre, lo cual se demuestra encerrando el cuerpo de un hombre hasta el cuello en un saco de cautchuc lleno de aire; al cabo de algun tiempo, analizado el aire, se verá que ha experimentado modificaciones semejantes á las que hubiese sufrido por la respiracion, es decir, que habrá perdido oxígeno y ganado ácido carbónico, saturándose de una gran cantidad de vapor de agua que concluirá por caer al fondo del saco; además aparecerá en la superficie del cuerpo una pequeña cantidad de urea. La piel respira, y la perspiracion, para darle su verdadero nombre, es tanto más activa, cuanto la temperatura sea más elevada. El cambio de los gases se hace por los poros de la piel como por la respiracion. El vapor acuoso se escapa, no solamente por los poros, sino tambien por las glándulas sudoriparias que desembocan en la superficie por pequeños tubos de cerca de diez milésimas de milímetro de diámetro, y de seis milímetros de longitud. Repartidos en toda la superficie del cuerpo hay próximamente dos millones y medio de estos pequeños orificios sudoríficos. Por término medio el cuerpo humano pierde por la piel 20 gramos de materia sólida, 25 gramos de ácido carbónico y 650 gramos de agua. Bajo la accion combinada de un trabajo muscular enérgico y de la elevacion de temperatura, el peso del hombre puede perder *en una hora*, por la traspiracion solamente, *dos ó tres libras*.

Téngase en cuenta que dejamos á un lado los residuos de la digestion y las secreciones urina-

rias. Los primeros son en general de 120 á 180 gramos por día; y los segundos muy variables, pero por término medio de 1.500 gramos. Los riñones pueden suplir parcialmente á las funciones de la piel; en tiempo frío, cuando la traspiración disminuye, aumenta la excreción por los riñones, y viceversa.

En definitiva, la pérdida diaria puede distribuirse así: agua, 450 gramos por los pulmones y 700 por la piel; ácido carbónico, 800 por los pulmones y 25 por la piel. Perdemos, por consiguiente, en condiciones normales, cerca de 100 gramos por hora, que es el combustible necesario á las funciones vitales para un trabajo muy moderado.

En realidad esta pérdida está lejos de ser uniforme y varía esencialmente con los esfuerzos musculares y los intervalos de las comidas. Después de un trabajo muy enérgico, la pérdida puede llegar y pasar de un kilogramo por hora; y después de una comida es mayor, para disminuir en seguida rápidamente á menos de 100 gramos. Durante la noche llega á su *mínimum*; el combustible se gasta, como en las máquinas, en razón del trabajo efectuado, interior ó exteriormente.

Comprenderáse, pues, lo importante que es tener en cuenta estas variaciones cuando se trate de averiguar si el cuerpo gana realmente peso en un baño, y si hay absorción de agua. Por eso nos ha parecido útil entrar en esos detalles antes de analizar la comunicación hecha á la Academia por M. Jamin, en su nombre y en el de M. Laurés.

El sabio académico ha aprovechado su estancia en Neris para continuar los antiguos experimentos de Sanctorius sobre las variaciones del peso del cuerpo humano dentro del agua. Operando sobre sí mismo ha encontrado que su pérdida de peso en el aire, después de comer, era de 125 gramos; y al día siguiente, entre seis y siete de la mañana, solamente 80 gramos. Después del almuerzo la pérdida se activaba de nuevo; disminuía durante la comida, y llegaba á 340 gramos durante un paseo al sol. Estos resultados están conformes con los principios expuestos.

Para conocer si la piel absorbe en el agua, he aquí el razonamiento adoptado por los experimentadores: la pérdida por los pulmones, dicen, es la misma si el cuerpo está en el aire ó en el baño: midiendo, pues, la pérdida en una hora, y deduciendo del número obtenido los 30 gramos de la respiración, se obtendrá la pérdida por la piel, que evidentemente debe sufrir la influencia de la inmersión. Si no hay variación de peso es que la piel no transpira en el agua y absorbe, por el contrario, 30 gramos. Si el peso aumenta, es que la

piel ganará por absorción mucho más de la pérdida pulmonar. Este modo de razonar nos parece sujeto á crítica, y nos detendremos un poco en su exámen.

M. Seguin ha demostrado que, en el agua, nuestro cuerpo pierde un poco menos que en el aire. Berthold, en una temperatura del agua de 24 á 28°, ha notado un aumento de peso que podía llegar á 32 gramos, lo cual haría una absorción cutánea por hora de 62 gramos. Malden, Alter, Dill, etc., han confirmado estos resultados. De 30 á 34° M. Wilmin ha encontrado, en 55 observaciones, 20 aumentos, 21 disminuciones y 12 pesos estacionarios. Pero como las dimensiones han sido siempre inferiores á la pérdida pulmonar de 30 gramos, M. Wilmin ha deducido que la piel absorbe líquido siempre.

M. Jamin admite estas diferencias y las atribuye á la influencia de la temperatura del baño. Para el sabio profesor, la verdad ha sido descubierta por M. Durrieu; la ley del fenómeno podría enunciarse así: todo individuo conserva un peso invariable en un baño cuya temperatura sea moderada; gana y absorbe si la temperatura es baja, y pierde si es elevada; pero esta pérdida crece de un modo muy rápido cuando el calor del agua aumenta de 36 á 48°.

Los experimentos de los señores Jamin y Laurés en Neris están conformes en todas sus partes con las conclusiones de M. Durrieu; en el agua relativamente caliente el cuerpo pierde mucho. Así se observaba, de seis á siete de la mañana, una pérdida de peso en el aire de 79 gramos por término medio. Después, la persona en quien se hacía el experimento entraba en la piscina á 34°,5 para permanecer en ella hasta las nueve, y se obtenía una pérdida considerable de 700 á 800 gramos, ó sea 350 gramos por hora. A las diez, una hora después de la salida del baño, la pérdida era insignificante, 50 gramos. En este caso no podía haber absorción, sino al contrario; lo cual para nosotros no disminuye en nada las virtudes, terapéuticas, perfectamente demostradas, de las aguas minerales á temperatura elevada.

El punto nuevo sobre el cual insiste M. Jamin, es que, después del baño, la misma persona pierde un peso menos considerable que antes, algunas veces nada, y una vez hasta se encontró un ligero aumento en cuatro bañistas. Es curioso, en efecto, que el peso permanezca casi estacionario algún tiempo después de una larga inmersión en el agua caliente.

M. Jamin explica así los hechos: no pudiendo ser menor después que antes del baño la cantidad de agua exhalada; y por el contrario, debiendo

ser mayor por el estado de humedad de la epidermis, no se puede atribuir la disminucion observada en las pérdidas de peso más que á una sola causa, á una disminucion en la cantidad de ácido carbónico espirado. En las condiciones ordinarias el cuerpo debe estar saturado de ácido carbónico; hay equilibrio entre la cantidad que se pierde y la que la circulacion reproduce en un tiempo dado. La inmersión en el agua cambia el equilibrio. Es verosímil que el baño disuelve una cantidad de ácido carbónico superior á la que se hubiera exhalado en el aire, que la provision normal disminuye, y que resulta por lo tanto una pérdida de peso notable. Despues de salir del baño se produce el fenómeno inverso; el cuerpo rehace su provision, lo cual tiende á aumentar su peso, pero continúa exhalando vapor de agua, y esto tiende á disminuirlo. La pérdida ó ganancia que se observe no es más que la diferencia entre estos dos efectos contrarios.

El problema iniciado es grave, lo repetimos, é interesa vivamente á la terapéutica. No creemos que esté resuelto ni nos basta lo expuesto para aceptar la teoría precedente, por ingeniosa que parezca á primera vista.

Los citados sabios atribuyen todo el mecanismo del fenómeno al ácido carbónico exhalado por la piel, y no hacen caso ninguno del vapor acuoso. Pero ¿qué cantidad de ácido carbónico exhala la piel en el aire? Ya lo hemos dicho: *un gramo* por hora. Es así que la pérdida que se explica es de 400 gramos; luego el efecto no guarda proporcion con la causa; aún admitiendo que el agua facilite la disgregacion del gas, es evidente que no puede centuplicarla cuatro veces.

Por otra parte, hay contradicción absoluta entre esta explicacion y las mismas conclusiones de los autores. Admiten muy bien, como Durrieu, que las pérdidas crecen en un baño tanto más deprisa, cuanto la temperatura sea más elevada; pero el poder disolvente del baño respecto del ácido carbónico disminuye precisamente en razon inversa de la temperatura. Así, pues, segun el razonamiento de los autores, si se supone con ellos que las pérdidas son causadas por una disgregacion exagerada del ácido carbónico, naturalmente disminuirían en los baños más calientes, lo cual es contrario á la observacion.

Puédese preguntar ¿por qué se atribuye tanta influencia al ácido carbónico, que se escapa en cantidad relativamente muy débil, cuando se sabe que la piel exhala 35 veces más de vapor acuoso que de gas, y que esta cantidad puede ser elevada al décuplo por la accion del calor? Evidentemente hay que prescindir de la influencia

predominante del ácido carbónico; esa no puede ser la verdadera causa.

Cuando se recuerda que, por la accion del calor, la traspiracion solamente puede reducir en una hora el peso de un hombre más de mil gramos, parece más lógico atribuir ante todo á la perspiracion la pérdida media de 350 gramos observada en Neris. En cuanto al estado casi estacionario observado por MM. Jamin y Laurés, despues del baño, se comprende perfectamente, considerando que, si el cuerpo ha disgregado en una hora en el baño lo que tardaria muchas horas en disgregar á una temperatura normal, es claro que, estando ya hecho el trabajo de exhalacion, no se pierde nada ó se pierde muy poco durante un cierto tiempo despues del baño. Es necesario que los tejidos se saturen de nuevo de vapor ántes que vuelva la perspiracion, como decia M. Jamin á propósito del ácido carbónico. Ahora, si hay ganancia accidental, lo cual quizá seria necesario justificar, es preciso no olvidar que absorbemos por hora 27 gramos de oxígeno por los pulmones, y que exhalamos 40 gramos próximamente de agua y de ácido carbónico; diferencia 13 gramos próximamente de pérdida, diferencia que el oxígeno absorbido por la piel podria compensar con exceso.

Permítasenos ahora tratar nuevamente del razonamiento adoptado hasta aquí por todos los experimentadores para demostrar que la piel absorbe. Todos, despues de Seguin, dicen: la pérdida por los pulmones es la misma en el aire que en el agua, 30 gramos. La respiracion cutánea es la que se modifica; si el peso del cuerpo permanece estacionario, será necesario admitir que han entrado en la piel 30 gramos de agua. Así Berthold, encontrando un aumento de peso de 32 gramos, deduce una absorcion cutánea de 62 gramos.

Semejantes conclusiones son viciosas y no pueden dejarse pasar. Se admite, en efecto, sin ninguna razon plausible, que en el baño la pérdida pulmonar es la misma; esta es una simple hipótesis; se admite en seguida que la ganancia es producida por la introduccion del líquido por la piel; y esta es otra hipótesis.

¿Por qué las pérdidas pulmonares han de ser las mismas cuando el cuerpo está en el agua? ¿Se ha tomado en cuenta el exceso de presión que soporta nuestro cuerpo en un baño, exceso que tienen que vencer los músculos que presiden á los movimientos respiratorios?

En un baño ordinario, cada centímetro cuadrado de nuestro cuerpo soporta, además de la presión atmosférica, el peso del agua que tiene encima, y el exceso de presión puede variar de la cabeza á los piés, segun la inclinacion del cuerpo

desde algunos centigramos hasta 100 gramos (1). Adoptando una altura de agua de 40 centímetros, el exceso de presión sobre el cuerpo, medido en mercurio, es de 40 milímetros: ¡40 milímetros! en todas las latitudes constituye la mayor variación del barómetro cuando pasa del buen tiempo fijo á la tempestad; es una diferencia de presión correspondiente á un cambio de altura de 400 metros. ¡Y se advierte benévolamente que los movimientos respiratorios son los mismos en el baño que en el aire, cuando una variación del barómetro mucho menor modifica tan profundamente la hematosis y la circulación!

Las observaciones de M. Jourdanet en Méjico, los numerosos experimentos de M. Bert, demuestran que en los cambios de presión sólo ejercen influencia en el organismo el aumento ó disminución de la cantidad de oxígeno introducida. Bajo presiones energicas, elevadas por Bert hasta 25 atmósferas, hay verdadera intoxicación por el oxígeno y envenenamiento; bajo presiones disminuidas hay, á la inversa, falta de oxígeno y asfixia. Y si esto es verdad, basta para hacer desaparecer los accidentes modificar la proporción del oxígeno en cada caso, de manera que se conserve la relación normal entre el ázoe y el oxígeno del aire, sea disminuyendo la proporción de oxígeno en caso de fuerte presión, sea aumentándola en caso de presión débil.

M. Jourdanet habia demostrado ya que á las variaciones de la presión es preciso atribuir las enfermedades tan comunes en las altas montañas. La hematosis es insuficiente. Por el contrario, en los trabajos de estribación de puentes por el aire comprimido, las combustiones se activan y resultan accidentes por una superoxigenación demasiado energética.

¿Quién no conoce la influencia de las variaciones barométricas sobre las organizaciones débiles? Bajando la presión disminuye la cantidad de oxígeno introducido, sobre todo si al descenso del barómetro se une una temperatura elevada en el aire. Por esta doble razón, la hematosis es ménos completa si la persona es poco rica en glóbulos sanguíneos, la circulación se detiene, y por acciones reflejas las funciones de la economía experimentan trastornos. Tal es la verdadera causa del malestar que se experimenta en el *tiempo pesado*; no es, como se ha repetido mucho, la disminución absoluta del peso que soporta el cuerpo bajo la influencia del descenso del barómetro la que altera las funciones; más bien la

disminución de la cantidad de oxígeno introducida en la sangre es la que produce, por falta de hematosis suficiente, los trastornos observados en las personas débiles y de sangre pobre de glóbulos. Estas personas soportan mejor un aumento de presión. Las personas sanguíneas, por el contrario, soportarían mejor una disminución de presión.

Puede decirse que las funciones del organismo se modifican con los cambios del barómetro; es necesario que los movimientos respiratorios, aunque regularizados por el sistema nervioso, estén en algún modo de acuerdo con la marcha del barómetro. Los cambios gaseosos á través del pulmón y de la piel están en relación directa con el instrumento; absorbemos y exhalamos más ó ménos según la altura barométrica. Nuestras pérdidas de peso dependen de la presión. No comprendemos cómo se ha podido olvidar esto cuando se ha pretendido establecer la teoría de los baños.

Así, pues, aumentando la inmersión del cuerpo humano en el agua, la presión sobre los tejidos exteriores, y teniendo las variaciones una influencia reconocida en la economía, no se puede admitir de ningún modo que la respiración pulmonar no se modifique en el baño. Los músculos que regulan los movimientos del tórax, tienen que ejercer más esfuerzos y vencer más resistencia cuando la respiración pierde su amplitud y disminuye la cantidad del oxígeno introducido. En todo caso, sin penetrar más por hoy en esta discusión, basta lo que precede para hacer comprender que las pérdidas pulmonares deben modificarse con el baño. También se observará que si el exceso de presión va en aumento de los pies á la cabeza, la sangre tiende á disminuir de velocidad en las arterias, y por el contrario, á aumentar de velocidad en las venas; y bajo este punto de vista, la circulación general también sufre modificación.

En fin, la excreción cutánea cambia bajo este exceso de presión, como se comprende perfectamente; pero si disminuye ó se detiene, no se comprende por qué los experimentadores atribuyen á la absorción de agua lo que puede ser simplemente causa del almacenamiento, digámoslo así, en los tejidos, del gas y de las materias sólidas que no son expulsadas. Como se ve, los experimentos hechos no demuestran la absorción del agua por la piel.

No debemos insistir más en este punto, pero lo que dejamos indicado basta para demostrar que la cuestión de la absorción está lejos de haberse resuelto, y que el factor que desempeña el principal papel en las variaciones de peso del

(1) El cuerpo humano tiene, por término medio, una superficie de 1 metro 50 centímetros. La atmósfera ejerce sobre él una presión de 1.600 kilogramos; con un metro de agua además, esta presión se eleva á 17.600 kilogramos.

cuerpo humano sumergido, es, como en el aire, la exhalacion cutánea dependiente de la presión exterior, de la temperatura y de la duración del baño.

El exceso de presión, la relación entre las variaciones de las pérdidas pulmonares y cutáneas, y las modificaciones que resultan por la circulación general, bastan para poner los hechos de acuerdo con la teoría, y para explicar los efectos tónicos de los baños fríos y las virtudes especiales de los baños templados y de los calientes. Las cualidades del agua, residen, pues, en gran parte en su temperatura propia y su densidad; pero importa tener en cuenta igualmente la composición química que puede servir de coadyuvante precioso á los cambios gaseosos de la perspiración, excitar la piel y el sistema nervioso, y, modificando la atmósfera ambiente, introducir elementos minerales en el aire inspirado por el pulmón.

Sería imprudente establecer hoy conclusiones terminantes en este asunto, pues falta el rigorismo de los elementos de apreciación. M. Jamin acaba de establecer en la Sorbona una serie de aparatos que permitirán ir introduciendo la precisión conveniente en las investigaciones. Ha hecho construir una balanza que da el peso del hombre con la pequeña alteración de ménos de un gramo; con una bañera calentada por gas á temperatura fija, se determinará la cantidad de calórico transmitida al líquido por la persona que sirva de experimento; en fin, receptores convenientes medirán las pérdidas pulmonares. Debemos, pues, esperar los resultados que obtenga el sabio académico.

En todo caso, bueno sería que los físicos y los químicos que pasen algún tiempo en los establecimientos balnearios, hagan por su parte las investigaciones convenientes. Ya es tiempo de empezar á resolver un problema de tan alto interés para la terapéutica, y que ha desafiado en vano hasta ahora á la sagacidad de los médicos y de los fisiólogos.

ENRIQUE DE PARVILLE.

EL CONGRESO DE BRUSELAS.

Dentro de pocos días se discutirá en el Congreso de Bruselas, donde tienen representantes todas las potencias, una cuestión internacional de grande interés: la del modo cómo deben ser tratados los prisioneros de guerra.

Este es un hecho capital que merece ser examinado con gran cuidado, porque su trascendencia es mucho mayor de la que han previsto los

autores del primitivo proyecto. Sabido es que se formó en París una sociedad con objeto de buscar los medios de mejorar la suerte de los prisioneros de guerra, y que se dirigió á los diferentes gabinetes de Europa, Asia y América, rogándoles que nombraran delegados para una conferencia que debería abrirse en París el 18 de Mayo de 1874.

En San Petersburgo se ocupaban al mismo tiempo de una cuestión parecida bajo el alto patrocinio del Czar, y la corte de Rusia aceptó inmediatamente la proposición de la sociedad francesa, pidiendo que se uniera á ella la comisión que ya había nombrado.

A consecuencia de estas negociaciones y de una entrevista del presidente de la sociedad, el conde de Houdetot, con el príncipe de Gortschakoff, se decidió que el gabinete imperial propondría á todos los gobiernos de Europa la reunión en Bruselas, el 15 de Julio, de una conferencia diplomática encargada de fijar los términos de un reglamento general de las relaciones internacionales en tiempo de guerra.

Al mismo tiempo se previno á los gabinetes de Asia y América, á quienes se había rogado enviasen representantes á la conferencia preparatoria de París, que, si entraba en sus miras tomar parte en la de Bruselas, podrian enviar allí sus delegados.

De este modo la proposición se fué poco á poco ensanchando y llegó á tener una importancia considerable. La conferencia de Bruselas tratará, pues, de la violación de los derechos internacionales, de las prácticas ilícitas durante la guerra, de las relaciones entre los beligerantes, mientras duren las negociaciones, de las suspensiones de armas, de las amnistías y de las capitulaciones, de los principios de neutralidad, de los derechos y de las obligaciones que llevan consigo, del comercio de los neutrales, del derecho de visita, del bloqueo, de las presas, de todas las cuestiones, en fin, que se refieren á las relaciones internacionales por mar y tierra en tiempo de guerra. Evidentemente el programa es vasto, demasiado vasto, y es difícil prever que los diplomáticos se pongan de acuerdo acerca de tantas cuestiones; pero, en todo caso, demuestra un gran mejoramiento en las costumbres, una tendencia cada vez más rápida á la uniformidad en toda la superficie de la tierra, por lo que toca á las relaciones internacionales, hasta que se llegue á conseguirla en las costumbres de los diferentes países. ¿Será útil ó desfavorable la solución á los Estados que encomian estas modificaciones? Esto no puede apreciarse, pero sí conviene examinarlo de antemano. Necesario es seguramente fijar las reglas á que

deben atenerse los beligerantes mientras duren las negociaciones, las suspensiones de armas, los armisticios; arreglar las capitulaciones, los principios de neutralidad, los derechos y las obligaciones que la misma neutralidad lleva consigo; pero creemos mucho más delicado determinar cuanto atañe á los prisioneros de guerra y á las garantías que deben concederse á los no combatientes.

Si la suerte de los prisioneros de guerra se organiza de antemano; si se mejora para satisfacer las leyes de la humanidad, ¿no debe temerse que el número de prisioneros y la tendencia á esperar en la holganza de la cautividad la solución del sangriento conflicto que exista entre dos potencias se acrecienten más de lo razonable? Este es un hecho moral que ha podido apreciarse en la última guerra. ¡Cuántos prisioneros alemanes habia poco deseosos de canje, y esperando, una vez cautivos, no volver al fuego! Habian sido cogidos cumpliendo con su deber, pero apagado el ardor del combate, sólo esperaban permanecer tranquilos al ver que no debian temer malos tratamientos de unos enemigos que se los habian representado como fieras. Y lo que hemos visto que sucedia con los alemanes ha debido tambien ocurrir con muchos franceses, porque la naturaleza humana, desgraciadamente, se parece en todas partes; y si en la guerra de Argelia se ve á pequeños destacamentos franceses, aislados y sorprendidos por los indígenas, ejecutar grandes hechos de valor y de energía, prefiriendo morir á rendirse, preciso es convenir, sin desconocer el valor de nuestros soldados, que en esta resistencia influa tambien el sentimiento íntimo de que, si eran cogidos, perderian la cabeza ó se verian expuestos á bárbaros tratamientos. Trabajo cuesta confesarlo, pero así es la verdad. De otro modo no se podria explicar por qué han rendido las armas tantas tropas francesas y tantas guarniciones sin disparar un tiro contra los prusianos, durante la última guerra de 1870 á 1871.

No cabe duda alguna de que sabiendo los bravos soldados del ejército de Metz los crueles sufrimientos que les esperaban inmediatamente despues de su cautividad, donde debia perecer mayor número que en otras tres grandes batallas, hubiesen estado más dispuestos á intentar el último esfuerzo que los reglamentos les imponian, y por cuya falta de ejecucion fué condenado el mariscal Bazaine.

Para impedir tales debilidades, desde el principio de la guerra los prusianos asustaban á sus compatriotas, á sus aliados y á sus soldados con fantásticas narraciones de los malos tratamientos que sufririan en nuestros pueblos por

parte de los zuavos y de los turcos, si se dejaban hacer prisioneros. Por la misma causa establecieron severas penas para los que se dejaran coger, formando consejo de guerra á los jefes y oficiales, y poniendo á los soldados en las avanzadas de los campamentos.

Las mismas ideas se habian hecho correr en 1859 en el ejército austriaco, y hemos podido ver personalmente en Francia muchos de estos desgraciados, admirándose de ser tan bien acogidos y cuidados, contra lo que decian los cuentos que con tanta profusion se habian hecho correr entre ellos. Esto no impidió, sin embargo, que los mismos prisioneros, tan obsequiados y regalados hasta la frontera, en el momento de verse libres se convirtieran en miserables, para mendigar á lo largo del camino de vuelta á Austria, á fin de excitar la compasion de sus compatriotas, quejándose de los tratamientos que habian sufrido en Francia.

Determinando, pues, de antemano la suerte de los prisioneros de guerra y mejorándola, ¿no es de temer que se cause más mal que bien? El hombre no es siempre valiente, sobre todo en los países donde, á causa de la falta de instruccion, ignora el significado de la palabra patria y los deberes que la defensa de la patria le impone, ó donde, mediante una cantidad, es costumbre redimirse del servicio militar. Debe saberse además que en un regimiento de 3.000 hombres hay 500 que van brillantemente al fuego, 1.000 á 1.200, que los siguen por deber, obediencia, respeto humano, temor, etc., y 1.500 que buscan todas las ocasiones de un provechoso desfile. Estas cifras son conocidas y han sido dadas por un ilustre mariscal: en todo caso son instructivas, y prueban que no debe facilitarse el acrecentamiento de este número de desalentados en el momento de la lucha. ¿Quién no ha visto, en efecto, en los momentos difíciles, los numerosos soldados que se apiñan alrededor de un jefe ó de un compañero herido, de un convoy, etc., alejándose, como quien no hace nada, de la zona peligrosa de las balas?

Pero lo que decimos de los prisioneros de guerra, se aplica igualmente á la reglamentacion que se quiere dar á las requisas exigibles á los pueblos y á la preservacion de las gentes inofensivas que no tienen las armas en la mano. ¿No se teme con ello desarrollar tambien el espíritu de individualismo, de egoismo? ¿No está acaso á la vista el ejemplo de la última guerra? ¿No se recuerda el número de personas que, ni se han defendido, ni han prestado ayuda á la defensa por temor de verse maltratados por el enemigo? ¿Se ha olvidado ya que habia aldeanos que negaban

los menores socorros, la más pequeña cantidad de provisiones á las columnas francesas, ó que se las hacian pagar á precio de oro, mientras las reservaban para el enemigo que iba á llegar? Si esta clase de gentes débiles, siempre demasiado numerosa, se siente al abrigo de todo peligro por medio de una reglamentacion bien definida de antemano, se disminuirán de un modo peligroso las ideas de solidaridad que deben existir entre el soldado y el ciudadano propietario.

¿Quiere decir esto que nos opongamos á esta mejora de las costumbres, al fin de estos horrores de la guerra, á esta reglamentacion? No. Pero creemos que es preciso avanzar en la limitacion de estos derechos y de estos deberes con gran prudencia, y que no conviene ceder á los principios humanitarios, sino á condicion de exagerar la represion contra las debilidades humanas, y de dictar leyes draconianas contra los que entreguen las plazas fuertes ó se dejen hacer prisioneros de guerra. Será preciso exigir que unos y otros comparezcan ante consejos de guerra, como los que evitan, alejándose, las cargas procedentes de la guerra.

Lo que ha ocurrido en 1870 y 1871 debe servir de leccion. La presencia de esos cuatrocientos mil hombres prisioneros en Alemania y de los numerosos franceses refugiados tranquilamente en Lóndres, Bélgica y Suiza es un hecho anormal, y demuestra la existencia de una enfermedad moral que es preciso combatir. La tolerancia que se ha demostrado despues de la guerra respecto á esos individuos no carece de peligro, porque á nadie ha abierto los ojos. En efecto: ¿A qué el sacrificio? ¿A qué la muerte, esa muerte preferible á la servidumbre, si basta alejarse para no temer nada de la justicia de sus conciudadanos? Evidentemente los que deseaban no guerrear; los que, refugiados en Bruselas ó en Ginebra, llevaban vida alegre, mientras que sus compatriotas dormian sobre la nieve ó caian heridos por las balas prusianas, deben reirse hoy de la imbecilidad de los que han sido bastante necios para dejarse matar en su lugar.

Este falso juicio es preciso corregirlo, y las tendencias de la nueva conferencia parece que, al contrario, quieren hacer su aceptacion más fácil y natural. Llamamos sobre este punto la atencion de todos los hombres imparciales, porque se trata de un interés vital para los Estados, y si lo que ha pasado en 1870 debiera renovarse, tanto valdria renunciar á tener ejércitos costosos, si se ha de llegar á capitulaciones en masa ó á deserciones impunes.

Vista la propension á separar el ejército de la nacion y á establecer una division bien marcada

entre el soldado y el ciudadano, hay otra cuestion más grave y de mayor importancia que debe tenerse en cuenta. Recuérdese que Mr. de Moltke, en su último discurso ante el Reichstag, quejábese amargamente de una guerra que no se habia sabido terminar despues de los desastres de Sedan y de Metz; es decir, despues del aniquilamiento del ejército regular, y que hubo peligro de que se convirtiera en perjuicio de Alemania, gracias al despertar de la nacion, al llamamiento de los numerosos voluntarios y á los esfuerzos intentados durante la defensa nacional. ¿Cómo podia hacerse de la guerra un asunto ordinario del Estado Mayor, cuando la lucha quedaba reducida á la mayor ó menor idea patriótica que excitaba la resistencia?

Hubiese sido seguramente muy cómodo para los prusianos ajustar una paz ventajosa, despues de la captura de todo el ejército francés y del soberano, en vez de tener que luchar contra toda la nacion. Hubieran tratado con la regente, volviendo á sus casas con las provincias y los millones, despues de algunas semanas de lucha, á costa de la vergüenza de Francia.

En cuanto á las pasiones populares y al espíritu nacional, nada absolutamente se hubiese hecho. Las sublevaciones de este espíritu son en efecto peligrosas para los jefes de dinastía. ¿Qué hubiera ocurrido despues de Sadowa, si, en vez de tratar con el soberano austriaco, se hubiera tenido que luchar contra el pueblo austriaco armado, obedeciendo á otro poder? ¿Qué hubiera sucedido á los franceses invadiendo la Alemania y encontrándose ante el pueblo alemán unido, bajo la accion de otro gobierno que el de los Hohenzollern? ¿Los alemanes, por otra parte, serian capaces de un esfuerzo tan considerable como el de Francia en 1870? Todas estas cuestiones las ha tratado ámpliamente el general Moltke en su discurso, cuando pedia el aumento del ejército permanente con detrimento de las landwehrs, que procuró ridiculizar.

En nuestra opinion las razas alemanas y slavas están más dispuestas á aceptar la servidumbre que las razas latinas; más perseverantes, más dóciles, más disciplinadas, son incapaces de estos esfuerzos, que se han visto en Italia en todas épocas; en Francia bajo Carlos VII, en 1792, en 1870, y en España en 1808, esfuerzos á veces dolorosos, pero que indican una energía nativa, una naturaleza nerviosa é impresionable que tiene sus ventajas y sus defectos.

Separando, pues, la nacion del ejército, reglamentando el derecho de la guerra, enervando la masa al ponerla fuera de juego, acaso se espere escapar á las eventualidades del porvenir. Pun-

tos de vista son estos que la conferencia debe examinar con gran cuidado ántes de tomar determinaciones definitivas.

Las guerras nacionales son la última palabra de los pueblos débiles ó invadidos. Es preciso tener cuidado de evitar cuanto puede enervar esta fuerza íntimamente ligada al corazón del ciudadano. Las ideas egoístas tienden ya demasiado á presentarse á la luz del día para que convenga la reacción contra ellas.

No creemos, sin embargo, en el peligro absoluto de las máximas dominantes. Hágase ó dígase cuanto se quiera, los ejércitos aumentan de continuo sus efectivos y tienden cada día más á convertirse en naciones armadas, y por tanto instruidas. El espíritu de solidaridad se desarrolla entonces en razón de la instrucción, y dentro de poco tiempo, sin duda, el servicio militar se considerará un deber sagrado, único medio de obtener los cargos del Estado y de ser considerado y honrado en la localidad en que se viva.

EL MAYOR C. DE F.

(Revue Britanique.)

LA MUJER PROPIA.

LEYENDA DRAMÁTICA DEL SIGLO XVI.

(Continuación:)*

ESCENA XVI.

DOÑA JUANA y PEREZ.

PEREZ.

(¡Voy á hacer una farsa, y en la farsa el que no miente bien no es buen farsantel) Juana...

DOÑA JUANA.

Debo advertiros...

PEREZ.

Seré breve.

Permitidme, ante todo, lamentarme de una resolución que en torno vuestro lluvia de acerbos lágrimas reparte.

¡A la corte privais del gran Filipo de su gala mejor?... Esa... laudable piedad con las mujeres, con los hombres, es la más infernal de las crueldades.

DOÑA JUANA.

Pero...

PEREZ.

¡Encerrar tan mágica belleza para siempre en un claustro!...

DOÑA JUANA.

(Con la clave

de su intención no atino.)

PEREZ.

¡Tan lozana juventud!...—Ellas mismas, revelándose contra el rigor de la sentencia injusta, acusan á su juez. Luce radiante la ardorosa pupila y, cual el rayo del sol la nieve cándida deshace, iluminando la severa toca, la presta lujo y seductor donaire, El cortado cabello, vigoroso con el rigor de la tijera infame, crece formando los antiguos rizos y por la frente alabastrina cae...

DOÑA JUANA.

¿Y esto era lo que habiais de decirme? Pues... entonces, ya puedo retirarme.

(Dirigiéndose á la puerta.)

PEREZ.

(¡Mujer sin vanidad!...) No es eso sólo. Escuchad.

DOÑA JUANA.

Concluid.

PEREZ.

También abate al ánimo que os mira con cariño ver que hoy, cuando las puertas entreabre el mundo para vos, volveis la planta, apenas colocada en sus umbrales, y despreciáis altiva mil placeres que acaso á conocer no despreciarais... ¡que acaso echeis de menos cuando sea para lograrlos y olvidarlos tarde!

DOÑA JUANA.

(Interrumpiéndole.)

Bríndanme estas paredes paz y olvido, consuelos la oración; el cuerpo frágil halla salud en el florido huerto, el alma en su ambición fuerza bastante... No conozco del mundo los placeres, pero sé que no pueden ser más grandes.

PEREZ.

(Esta razón segura, necesita un golpe que la turbe.) Perdonadme...

(Fingiéndose aturdimiento y calor.)

Yo quise que me oyerais... Y he mentado... He tenido la audacia del cobarde... Una mujer cual vos, merece entera la verdad... ¿La quereis?

(Con precipitación.)

Pues bien, acabe la ya inútil ficción: ¡Juana, yo os amo!

DOÑA JUANA.

¡Vos!...

PEREZ.

¡Como un loco!

DOÑA JUANA.

(Con severa dignidad.)

Quien en tal paraje,

* Véanse los números 20, 21 y 23, págs. 54, 84 y 154.

quien en tal ocasion así se expresa
¿cómo ha de amar?

PEREZ.
(Humilde.) ¡Perdon!

DOÑA JUANA.
(Con entereza.)

Salid.

PEREZ.

No: ántes
es menester que recuerdeis... que os hablo
con la autorizacion de vuestro padre.

DOÑA JUANA.

¡Ah!...

PEREZ.

Y que sepais que la ilusion postrera
de que os habló al salir...

DOÑA JUANA.

Es...

PEREZ.

Nuestro enlace.

(Doña Juana baja la cabeza con visibles muestras de contrariedad.)

DOÑA JUANA.

(¡Oh!...)

PEREZ.

Él sorprendió un amor que condenaba
yo á perpétua prision, en el instante
de ceñirle las últimas cadenas.
Y quien conoce lo que Juana vale
sabe que nunca merecerla pudo.

DOÑA JUANA.

Perez... (Con voz débil.)

PEREZ.

Mas... ¿quién acusa al miserable
náufrago que relucha con la muerte
porque á una tabla, que le dan, se agarre?
Yo os amo y os lo digo... Juana noble,
olvidad el delito y el ultraje.

DOÑA JUANA.

Yo soy de Cristo esposa: las casadas
no han de oír palabras de otro amante.
El amor á mi Esposo y mis deberes
me gritan con violencia que os rechace.
—¡Ah!... y mi Esposo me manda que os per-

(done.

Adios.

PEREZ.

¿A dónde vais?...

DOÑA JUANA.

Me voy á darle
el alma que le debo.

PEREZ.

Y él en cambio,

¿qué os promete?

DOÑA JUANA.

¡Su gloria!

PEREZ.

¡Lamentable

yerro!

DOÑA JUANA.

¿Qué proferís?... (Indignada.)

PEREZ.

¿Y es esa toda
vuestra ambicion?... ¡Já, já!...

(Riendo con sarcasmo.)

DOÑA JUANA.

Pues ¿cuál más grande?

PEREZ.

¿Habeis sido dichosa aquí los días
de vuestro noviciado?

DOÑA JUANA.

¡Como nadie

lo fué en el mundo!

PEREZ.

Y esperais...

DOÑA JUANA.

¡Espero
conseguir que esta dicha se dilate!

(Avanzando hácia la puerta de la izquierda; Perez va tras ella y la dice
las siguientes palabras casi al oído y muy despacio.)

PEREZ.

Y, en premio de haber sido tan dichosa,
la gloria mereceis.

DOÑA JUANA.

(Volviéndose alarmada.)

¡Eh!...

PEREZ.

Haceis iguales
la dicha y la virtud.

DOÑA JUANA.

¿Yo!...

PEREZ.

No me extraña:
hay virtud imposible... y la hay muy fácil.

DOÑA JUANA.

¿Y ésta?... (Desconcertada.)

PEREZ.

(Con gran energía.) ¡Virtud inútil, que ni fruto
rinde ni ejemplo!...

DOÑA JUANA.

¿No?...

PEREZ.

Virtud que nace
del miedo, y que tan débil se confiesa,
que busca fuertes rejas que la guarden,
juramentos solemnes que la ligen.
Soldado que se mezcla en el combate
no en su entusiasmo y en su ardor seguro,
sino en la vil coraza impenetrable...
¡y que aspira á la gloria del valiente
que rueda envuelto en generosa sangre!
¿Podrá venir el crimen á buscaros
en esta soledad? ¿Contra qué graves
peligros luchareis?... Justicia humana,
si te llamas justicia, dí, ¿qué haces
que niegas premios al ladron virtuoso

que no comete robos en la cárcel?
¿Por qué no das la libertad al vicio
cuando opta la virtud por encerrarse?

DOÑA JUANA.

Perez... vuestras palabras me hacen daño...

PEREZ.

Al recobrar la vista, los solares
rayos hacen llorar al pobre ciego.

DOÑA JUANA.

¿Dónde está la virtud? (Con desaliento.)

PEREZ.

Está distante
de aquí.

DOÑA JUANA.

(Ansiosa.) ¿Dónde?

PEREZ.

¡En la lucha: donde el triunfo
es muy difícil... y por eso vale!
¡En el hogar de la mujer casada;
en los santos deberes de la madre!
¡La mujer ama á un hombre y, la ventura
prestando á un corazon, crea un carácter,
y sostiene una fe que se extinguió,
y alimentada con la suya arde!
Da despues vida, de su propia vida,
á otros séres, y en ellos el esmalte
de su virtud y de su ciencia funde...
¡Y prosigue de Dios la obra gigantel
Y cuida al padre anciano... (Doña Juana se estremece.)
enfermo... triste...
cierra sus ojos y en su tumba esparce
lágrimas y oraciones.—Dios, señora,
acaso para vos el cielo guarde...
pero ¿qué guarda entónce para aquella
que ha sido buena á costa de ser mártir?

DOÑA JUANA.

(Que ha oído á Perez pendiente de sus palabras; reponiéndose ántes de hablar.)

El cuadro...

PEREZ.

¿Se os oculta su grandeza?...
DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

¡No, Perez! (Con vehemencia.)

PEREZ.

Yo concibo que os espante
tanta dificultad.

DOÑA JUANA.

(Con espontaneidad.) ¡No, no, al contrario!...
¡Pues si eso es lo que en él más me complace!
(Perez la mira sonriéndose, mientras ella pensativa baja la cabeza; despues dice como defendiéndose con una idea que se le ha ocurrido.)
A dos pasos de vos... Madrid entero
admira á una mujer...
PEREZ.

PEREZ.

Cierto: la Madre
Teresa de Jesus.

DOÑA JUANA.

(Animándose.) Y ¿quién osára
su virtud combatir?

PEREZ.

De fijo nadie;

(Juana va á hablar: Perez no la deja.)

pero hay una mujer más grande que ella.

DOÑA JUANA.

¡Más grandel!...

PEREZ.

No hallareis quien las compare.

DOÑA JUANA.

¿Es imposible! ¿Cuál?

PEREZ.

Vedla, señora:
la que Dios escogió para su madre.

(Señalando la Dolorosa.)

DOÑA JUANA.

¡Ah! la Vírgen!

PEREZ.

¡La Vírgen!

DOÑA JUANA.

(Mirando al cuadro.) ¡Vírgen mia,
esclareced mi juicio vacilante!

PEREZ.

Esposa y madre fué. La esposa pura
vió en torno suyo la calumnia alzarse,
y la madre modelo vió á su hijo
morir en una cruz. ¿Cuál es más grande?

DOÑA JUANA.

¡Oh! (Vencida por la fuerza del argumento de Perez.)

PEREZ.

¡Responded! ¿Callais? Ese silencio
prueba que mis palabras os atraen...

DOÑA JUANA.

Sí...

PEREZ.

Y no lo confesais... porque el orgullo
os lo veda.

DOÑA JUANA.

No tal... ¡Dios mio!...

PEREZ.

En balde
invocareis á Dios: Dios es la misma
verdad, y la verdad brota á raudales
de mis labios.

DOÑA JUANA.

(A sí misma más que á Perez.)

¿Es cierto?

PEREZ.

¿Que si es cierto?
(Sin la verdad, ¿pudiera yo engañarte?)
Confesad vuestro error, pues ahora, Juana,
ser vencido es vencer. (Acercándose.)

DOÑA JUANA.

Apartad.

PEREZ.

Dadme esa mano que sólo se retira porque teme venir por sí á juntarse con la que va á buscarla temblorosa... No me ocultéis más tiempo los afanes desconocidos que os inspira el hombre que despierta un afecto...

DOÑA JUANA.

Hareis que llame á quien...

PEREZ.

Llamad á la razon... Dejadla, que os pudiera decir que sois mi amante.

DOÑA JUANA.

¿Qué decís? ¿Qué soñais?

PEREZ.

¡Que ya sois mial

DOÑA JUANA.

¿Vuestra?... ¡Callad!

PEREZ.

Que me mandais que calle porque mis frases os producen miedo. Hablad vos... Yo no temo á vuestras frases. —¿Veis, veis como callais? (Pausa.)

DOÑA JUANA.

(Perdiendo del todo su aliento y rompiendo á llorar.)

Pero... ¿qué quieres de esta pobre mujer, demonio ó ángel que me intimida y me seduce... y corta el vuelo á mi albedrío?

(Eu este momento se asoma Coello á la puerta de la izquierda, desde donde escucha.)

PEREZ.

Que no tardes en seguirme.

DOÑA JUANA.

¿Seguiros?... ¡El escándalo dejando tras de mí!

PEREZ.

Si aquí os quedáseis no fuera ya menor. Al entregaros por esposa de Cristo en sus altares, ya no le dais el corazon entero. ¡Si es mio! ¡Si le siento en este instante latir por mí!

(Doña Juana se retira cubriéndose el corazon con las manos, como si tratara de ahogar sus latidos; Pérez la persigue atemorizándola, confundiendo y concluyendo por anonadarla.)

Y encarcelada, opresa, la que ha abierto los ojos á más grandes y puros horizontes, ni dichosa ni buena podrá ser... que aquí no cabe ser á la vez que desdichada, buena: aquí ser desdichada ¡es ser infame!

DOÑA JUANA.

¡Piedad!

PEREZ.

La ira, el torcedor continuo de haber colmado del dolor el cáliz, á un padre anciano á quien matais de pena, y que acaso os maldiga inexorable, os matarán tambien... Y vuestra muerte, no será la del justo, dulce, suave...

DOÑA JUANA.

¡Yo muerol ¡Sí, yo muerol!...

PEREZ.

En vano entónces los brazos tendereis para buscarle y pedirle perdon.

DOÑA JUANA.

(Tendiéndolos.) ¡Padre!

(Coello, que ha estado luchando consigo mismo, avanzando y retirándose, se presenta al fin delante de su hija.)

PEREZ.

(Con rabia.)

¡Coello!

DOÑA JUANA.

¡Padre!... ¡ay de mí! (Acongojada.)

COELLO.

¡Hija mial

DOÑA JUANA.

(Cayendo de rodillas al abrazar á su padre, que la sostiene.)

¡Perdon, padre!

ESCENA XVII.

DICHOS y COELLO.

PEREZ.

(¡Coincidencia fatal!)

COELLO.

Vuelve en tí, Juana.

DOÑA JUANA.

¡Padre y señor! (Irguiéndose y con resolución.)

PEREZ.

(Mirándola desesperado.) (¡No hay duda: se rehace!)

DOÑA JUANA.

Yo he vivido engañada. ¿Hay otro estado de más dificultad que el que amé ántes, pero de mayor gloria? ¡Ese es el mio! descíendan de mi sien la virginales rosas de mi corona, y caiga roto el velo del error!

(Arrancándose la corona, arrojándola y rasgando el velo.)

En este valle

Antonio será el digno compañero que la mano me dé para llevarme con la querida madre que me llama y al fin de la jornada está esperándome. A ser posible, hoy fuera nuestra boda: hoy le daré de Dios en los altares palabra de ser suya.

PEREZ.

(¿Estoy despierto?)

COELLO.

¡Hijos!... (Reuniendo á los dos en un abrazo.)

DOÑA JUANA.

(A Coello.) Venid; ya es justo que se aclare la duda para todos.

COELLO.

(Con extrañeza.)
¿Vas tú misma á decir?...

DOÑA JUANA.

(Después de mirar á su padre.)

¡No le cedo el gusto á nadie!

(Coello vuelve á abrazar á Perez y sale con Doña Juana por la izquierda.)

ESCENA XVIII.

PEREZ; *un momento después el REY, que sale por el mismo lado que COELLO y DOÑA JUANA, y que figura hablar con ellos desde la puerta.*

PEREZ.

¡Ah!... (Respirando con fuerza.)

¡Gracias, cabeza mía!

Corazón, ya satisfecho puedes latir en el pecho que ha ensanchado tu alegría.

REY.

Pues ¿por qué me he de oponer, Alonso? (Saliendo y mirando á Perez.)

(Ejemplo no tiene su audacia!)

PEREZ.

(El Rey... Sí; ya viene tras la fortuna, el poder. Pero el logro de mi afán un nuevo esfuerzo reclama.)

REY.

Me han dicho...

PEREZ.

(Resueltamente.) Señor, la dama corresponde á su galán, cuya pasión silenciosa le produce más placer que sorpresa. Si al volver aquí, prendida una rosa trae sobre su negro traje, es que del Rey viene en pos...

(El Rey hace un movimiento.)

que hasta del amor, que es Dios, hoy recibe vasallaje.

(Calla... y...—Mi sangre se hiela.)

REY.

(Después de una breve pausa.)

Perez... vos sois el primer hombre que ha osado leer en mi alma sin que me duela... y le duela. Suerte extraña á la que os juzgo acreedor. Reina en mi pecho ese amor

desde que reino en España

y con poder tan entero;

—que si á sufrir me resigno

es porque mi amor es digno

de un Rey y de un caballero.

Cuando Ruy Gomez vivia,

yo, que en celos me abrasaba,

en honores le pagaba

deshonras que no le hacia;

y hoy, al ver á Ana sin dueño

que la defiende ó la guarde,

vuelve el ánimo cobarde

á luchar con doble empeño.

Asaltábame el temor

espantoso de perder

su vista... ¡el solo placer

que no he negado á mi amor!...

y ya no sé resistir

de hablarla á la bienandanza:

sola y postrera esperanza

que le quiero consentir.

—A quien tanto bien me da,

yo que me pida le pido.

PEREZ.

Con haber al Rey servido estoy satisfecho ya.

REY.

El orgullo es ordinario achaque de los discretos.

PEREZ.

¿Del Rey no guardo secretos?

REY.

Sí...

PEREZ.

Pues soy su secretario.

(Con intención saludando y entrándose por la izquierda.)

ESCENA XIX.

EL REY, *en seguida COELLO con PEREZ que se queda detrás.*

REY.

Secretario... ¡No! Dar tal cargo en mi gobierno á quien...

Su padre me sirvió bien...

Pero él...—No me sirve mal.

Alonso, que un sucesor

designéis espero en vano.

¿Teneis alguno...

COELLO.

A la mano

tengo uno ahora, señor.

(Cogiendo de la mano á Perez y presentándolo al Rey.)

REY.

¡Perez!...

COELLO.

Y bueno á fé mia.

REY.

(Desairarle fuera ultraje...
Pero...

(Al ver salir á la Princesa que trae la rosa prendida en el traje.)

¡La rosa en el traje!..

Suya es la secretaria. (A Coello.)

(¡El lo quiere!...)

ESCENA XX.

DICHOS y LA PRINCESA.

Y si la bella

doña Ana se acomoda
á mi gusto, yo la boda
apadrinaré con ella.

PRINCESA.

La real voluntad es ley. (Habla el Rey con Coello.)

¿Quién se casa? (A Perez aparte y con indiferencia.)

PEREZ.

Yo.

(Sorprendiendo un movimiento de la Princesa.)

(¿Se altera?...)

Con Juana.

PRINCESA.

(Ciega de ira.) ¿Vos!... Pues ¡quién era
mi amante?

PEREZ.

Era el Rey...

PRINCESA.

(Serenándose y con vanidosa satisfacción.)

¡Ah!... ¡El Rey!...

(Perez la mira y comprende lo que pasa por ella.)

PEREZ.

(¡Necio de mí!... Pude ser
príncipe...—Y tambien ahorcado.)
—Señora... ¡Cuánto ha luchado
el amor con el deber!...
A Dios pongo por testigo...

PRINCESA.

Mi pecho habla en vuestro abono
tambien: tanto... que os perdono:
sois digno de ser mi amigo.(Dando intencion á la frase y alargándole la mano, que Perez estrecha
con efusion mientras la dice al oido.)

PEREZ.

Para eso es pobre mi hazaña:
para merecer tal nombre,
necesita ser un hombre
¡dueño del Rey y de España!(La Princesa se dirige al Rey, que ya la espera, y con quien habla hasta
la conclusion del acto.)

ESCENA XXI.

DICHOS, DOÑA JUANA que sale por la izquierda
rodeada de damas, caballeros y religiosas; VAZ-
QUEZ, y despues ESCOBEDO, por la derecha. Los
caballeros agasajan á Perez, y las damas conversan
con Doña Juana. Mucha animacion.

PEREZ.

(¡En todos los ojos veo
brillar la envidia que infundo!)

VAZQUEZ.

(Mirando á Perez, con cólera.)

(¡La mujer que amé en el mundo
y mi codiciado empleo!...)

PEREZ.

(Acercándose á Vazquez, con ironía.)

Ya sé la parte que vos
tomais hoy en mi alegría.

VAZQUEZ.

No sé quién es todavía
el más feliz de los dos. (Reprimiéndose.)

PEREZ.

(Claro se ve que le amarga.)

Un abrazo...

VAZQUEZ.

(¡Le rechazo
ó le ahogo?... No: un abrazo
puede ahogar más á la larga.)

(Se abrazan y siguen conversando amistosamente.)

PEREZ.

Jurára que miente y juro
que, al ménos, miente con arte.

(Vazquez repite el abrazo.)

¿Qué es esto?

VAZQUEZ.

(Esto es agarrarte
para tenerte seguro.)
Pues ¿qué ha de ser? Rebozar
con maña mi pesadumbre...

(Perez le alarga la mano: Vazquez se la estrecha y le dice al oido.)

—Quien piensa mal por costumbre
tiene tambien la de errar.

ESCOBEDO.

(Saliendo por la derecha y dirigiéndose á Doña Juana; procurando dar á
sus palabras un tono ligero y festivo.)Juana ¿se hizo el casamiento?
Llegaré tarde quizás...

DOÑA JUANA.

Juan... ¡No!

ESCOBEDO.

Pero...

COELLO.

(Alegremente.)

Ya sabrás
quién es el novio...

ESCOBEDO.

Sí.

COELLO.

Antonio.

ESCOBEDO.

(Anonadado.) ¡Antonio!...—Mas...

(Doña Juana se sonríe y hace un signo afirmativo.)

—(¡Su insolencia

me aterra!) Al fin... te decides...

¡Pues de éste á Dios,—no lo olvides,—
hay alguna diferencia!

(Doña Juana va á contestarle: él la rechaza bruscamente y se dirige á Coello. Una dama habla á aquella y la distrae.)

—Acepto el cargo: mi suerte
está hoy en Túnez.

COELLO.

Retarda

al ménos...

ESCOBEDO.

¡No! ¡Allí me aguarda
mi amor! (Con sarcasmo.)

COELLO.

La guerra...

ESCOBEDO.

(¡La muerte!)

DOÑA JUANA.

Antonio, la convenida (Acercándose á Perez.)
promesa cumpliros quiero:
dadme la mano en que espero
hallar el bien de mi vida.

PEREZ.

Juana, no penseis, por Dios,
que soy perfecto...

DOÑA JUANA.

Eso fuera

impío... y, si lo creyera,
no me casára con vos.Siguiera en la soledad
donde he vivido dichosa:yo quiero ser buena esposa,
pero... sin facilidad.Algo he de sufrir... ¿Quedamos
en eso?

PEREZ.

(¡Su voz me humilla
en mi triunfo!...)(Se abren las hojas de la puerta de la capilla y aparece ésta profusamente
iluminada.)

REY.

(Tomando por la mano á la de Éboli, y entrando.)

La capilla

nos espera.

PEREZ.

(Sombrío, y ofreciendo la suya á Juana.)

Vamos...

DOÑA JUANA.

(Con alegría y expansion, casi arrastrando á Perez hácia el fondo.)

¡Vamos!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

CÁRLOS COELLO.

(La continuación en los números próximos.)

ANDANÇAS É VIAJES DE PERO TAFUR

POR DIVERSAS PARTES DEL MUNDO AVIDOS.

(1435-1439) (1).

El libro cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas, ahora por primera vez publicado, reúne á la par que la instrucción y enseñanza propias de todos los buenos libros de viajes, amenidad y sencillez en la narración, la magnificencia y sorprendente singularidad características de las descripciones de los países orientales, en tiempos en que aún se hallaban pujantes y florecientes, y más que todo cierto colorido local, cierto sabor de verdad, tanta nobleza y valor en el obrar, tanta dignidad, gracejo y naturalidad en el escribir, que el lector atento sigue, como de la mano, al atrevido viajero, en todas sus arriesgadas empresas y lejanas andanzas.

Figúrense nuestros lectores que allá por los años de 1435 un joven castellano, noble caballero de la espléndida corte de D. Juan II, culto, instruido y de gran talento natural, exaltada su imaginación con las brillantes descripciones que había oído y leído de las comarcas orientales, y ganoso de aventuras y peregrinos lances, resuelve realizar sus sueños y visitar aquellas apartadas regiones. Nuestro andante caballero, con la bolsa bien repleta de dinero y muy recomendado por su rey á los demás príncipes amigos, recorre Italia, Judea, Chipre, Egipto, Rodas, Frigia, Grecia, Tartaria, Suiza, Alemania, Flandes y Borgoña, hallando distinguido acogimiento y señaladas muestras de consideración, ya del Papa que le consulta en negocios políticos, ya del rey de Chipre que le encomienda una embajada al soldan de Babilonia, ora del emperador de Alemania que le sienta á su mesa y le concede tres órdenes militares, ora del de Grecia que le llama pariente, y en todas partes fácil el acceso con cualesquier personas y á cualesquier lugares. Como es natural, son muchos, nuevos é interesantes los lances, que sin esquivarlos ni buscarlos se le ofrecen á menudo, como á quien trata de indagar y observar por sí mismo cuanto de notable ó de extraño presenta el país que visita y sus gentes, obligándose á narrarlo á sabiendas y de manera que, aunque instruya y agrade, no engañe. El autor desempeña en esta parte cumplida y escrupulosamente su propósito, juzgando con discreción y buena fe los hombres y las cosas, amenizando su relato con tradiciones legendarias ó históricas, y animándole con la acción de sus propias aventuras.

(1) Madrid, imp. de Ginesta, 1874. Véndese en la librería de Murillo, Alcalá, 18, Madrid.—Dos volúmenes en 8.º—xxvii-618 páginas.

(Colección de libros españoles raros ó curiosos. Tomo VIII.)

«A luengas vias, luengas mentiras,» dice un refrán, pero en el caso presente podemos asegurar á nuestros lectores que no tiene aplicacion la moraleja. La relacion de Pero Tafur, así en lo tocante á Asia y Africa, como en lo referente á Europa, concuerda exactamente en el mayor número de casos con lo que la historia, la geografía, los viajeros modernos y la arqueología nos enseñan en la actualidad. Hasta el mismo candor con que relata ciertas leyendas piadosas, y se hace eco de muchas absurdas preocupaciones, prueba la sinceridad de su ánimo y retrata mejor que nada el espíritu de la época, no sólo en Castilla, sino en cuantos países tuvo ocasion de recorrer. En este concepto no es de maravillar que hablando de las cosas notables que vió en Roma, cuente entre ellas como verdaderas, la soga con que se ahorcó Judas, la silla donde se sentaba San Pedro, los polvos ó cenizas de Julio César, y otras cosas de este género, que entónces como ahora sirven para explotar y embaucar al crédulo viajero. Otros objetos análogos refiere vió en Jerusalem, y en Constantinopla dice se conservaba la lanza con que atravesaron el cuerpo de Jesus y la saya sin costura del mismo. Fuera de estas leyendas, encarnadas en las creencias de aquel tiempo, el viajero castellano luce su penetracion y claridad de ingenio en la pintura del gobierno y costumbres de cada pueblo, su topografía, comercio, industrias, agricultura, aspecto general de la poblacion, descripciones bellísimas y exactas de los más notables edificios y monumentos de arte, detalles biográficos importantes, y finalmente datos históricos y científicos que prueban su vasta instruccion y buen gusto.

No son ménos curiosas y discretas las observaciones que se le ocurren al referir ciertos hechos ó costumbres. Hablando de los largos viajes de los genoveses, dice: «Sin duda segun el apartamiento que facen los genoveses por el mundo de sus mujeres, si en otras naciones fuese, gran daño habria en la castidad dellas; mas ellas se precian tanto de su bondad, que apénas se falla mujer fallada en adulterio; é donde se fallare, en ningun caso pasaria sin pena de muerte.»

Más adelante, despues de describir los principales monumentos de Roma, exclama: «Roma que solie ser cabeça del mundo *e agora es cola*, en sus cirimonias non pierde nada de aquello que, cuando sojuzgaba al mundo tenia; pero *está en tan baxo estado que dezirlo es vergonçoso*. Dizen que por no perder el derecho que tienen á ser señores del mundo, como ya lo fueron, que un dia del año facen una protestacion contra el Papa, diciendo que ellos están prestos para sojuzgar el mundo segun solian, que non pierden el derecho que de-

llo tienen, puesto que el Papa se lo estorba; é esta protestacion se faze el martes de Carnestollendas. E pluguiese á Dios que ya ellos fuesen para regir á sí mismos é non fuesen como los italianos dicen por ellos, que *son el vituperio de la gente, dados á todos los vicios, é ansi todos los maltratan*. Jamás fallé un hombre en Roma que me sopiese dar razon de aquellas cosas antiguas por que yo demandaba; mas creo que la supieran dar de las tavernas é lugares deshonestos.» ¿No es esto predecir en cierto modo la *Reforma*?

Estando en la ciudad de Damietta «vi, dice, las primeras palomas, que traen la carta en una pluma de la cola. Esto se face llevandolas del lugar donde son criadas á otra parte é puniendole la carta sueltanla é tornase á su lugar: esto se face por saber presto las nuevas de las gentes que vienen por la mar ó por la tierra, que non les tomen desproveidos, pues viven sin fortalezas é sin muro.» En nuestros dias están prestando estas palomas mensajeras en Francia utilísimos servicios.

En otro pasaje refiere con mucho gracejo lo siguiente: «Fuí á ver los baños (de Maristella, Baden?) é fallé muy mucha gente ansi d'enfermos como de otras gentes que vienen allí con voto de romeria de bien lexos; é allí me parecê que non han por desonesto entrar en los baños los hombres é las mugeres desnudos en carnes; é allí facen muchos juegos é muchas bebidas á la manera de la tierra. Estaba allí una señora que venie en romeria por un su hermano que estaba preso en la Turquía, é á sus doncellas muchas veces me acaesció echalles dineros de plata en el suelo del agua del baño, é ellas habianse de çabullir para sacarlos en la boca, é de aquí se puede creer qué es lo que tenían alto cuando la cabeza tenían baxa.»

Antes de terminar, vamos á trascribir algunos trozos de la descripcion de una gran capital, para aficionar á nuestros lectores á la lectura de esta curiosa obra, que una vez comenzada no se sabe dejar de las manos. Copiaremos una cualquiera, la de Venecia, por ejemplo.

«La cibdat de Veneja es muy populosa é de muy grande campo en circuito é muy apretadas casas; dicen que hay en ella setenta mil vecinos, pero las gentes estrangeras é las gentes de servicio, mayormente esclavos, es una gran copia. La cibdat es desmesurada é non tiene fortaleza ninguna, salvo aquellos dos castillos que encierran el puerto de la mar, porque allí es toda su fortaleza, é tienen una cadena del uno al otro sobre que están seguros, é si el mundo todo les viniese encima, anegando una nao entre el uno é el otro en el canal, estarian muy seguros. La cibdat

está puesta sobre la mar é fechas calles á mano, por do los navios andan é alguna parte anden como callé, por do la gente anda á pié; é en algunas calles estrechas por do los navios non pueden entrar, puentes; é cada uno, como al modo de Castilla tiene bestia en que cavalgue, así allí tiene barco é paje que lo reme é selo guarde, é tan á punto quanto acá se prescian de gentil bestia é de gentil paje bien guarnido, é el barco ansí mismo bien entoldado con su estrado puesto é sus sillas, si van mas de uno ó dos. Las salidas de la cibdat á la tierra firme son fechas á mano, por do los navios van pequeños, que por allí non avria agua para grant navio por los baxos ó secaños, así que ningun navio grueso puede entrar ni salir nin menos bestias, pues es en la mar, é por eso se dice que es la mayor fortaleza del mundo; é van las barcas á la tierra firme por todas las cosas necesarias é aun por el agua; é levan unas barcas muy grandes é llenas de arena é tienen en el fondon un agujero con un tapon, é cuando está en el rio de agua duçe quitan el tapon é finchese de quanto puede bastar el cargo é despues atapanla, é así traen el agua para sus necesidades, aunque en la ciudad hay muchas cisternas en cada casa é muchas de comun, sacadas de ladrillo sobre la mar, el edificio en tal manera que el agua de las cisternas de allí fallé yo quando fui á Ierusalen, que nunca adolesció nin fedió como las otras, é serie luengo de las escribir el modo que en ello tienen. En esta cibdat ay muchas yglesias é monasterios muy ricos é de muy suntuosos edificios, entre los cuales el principal é mayor es la iglesia de Sant Marco, que es la mayor é cabeça de todo: esta es fecha á capillas á la manera de Grecia, de fuera cobiertas de plomo con sus mançanas doradas, é de dentro de muy fino é muy rico musayco de oro é aun el suelo del mesmo musayco si non que es grueso é de colores; á la puerta mayor encima de unos arcos en lo alto están cuatro caballos muy grandes de alaton dorados é bien grueso oro: estos truxeron ellos é tienen allí por magnificencia, quando ganaron á Constantinopla. E enfrente desta puerta está una grant plaza, mayor que la de Medina del Campo, toda enladrillada é entorno todas las casas encaramadas é emportaladas, é allí cada jueves se face mercado... Al un canto desa plaza está una torre tan alta como la de Sevilla con un cruxio de oro fino de ducados, bien fermosa cosa de ver; parece con sol de ochenta millas de allí: é allí están las campanas con que tañen ya conocidas, qual es á misa é qual es á la oracion de la noche é qual es á concejo de plegaria, que dicen por ayuntamiento, é quando quieren armar flota; así

que entre ellos ya está todo conocido. Al un canto desta plaza fácia la mar están dos colupnas muy gruesas é muy altas; encima de la una está San Jorge encima del dragon é en la otra está Sant Marco que es su divisa é su patron: estas ansí mismo truxeron de Constantinopla; é dicen que no las pudiendo allí asentar, un castellano se obligó de las asentar é fizolo, é mandaronle que demandare lo que quisiese e se lo darian; é dixo que non queria, salvo que en torno dellas están ciertas gradas é que por ningun delito que se ficiese, el que allí estoviese ó se acogese, la justicia non oviese poder... En el regimiento público se tiene esta manera: vino é pan, farina é aceyte é otras cosas que son para mantenimiento non las puede comprar cibdadano ninguno, salvo la gente estrangera é la gente pobre, é á estos se les dá á tal precio que parece que non ganan nada los que lo traen del cabo del mundo, porque la Señoría lo paga, porque haya fartura é como dixe, los pobres é los estrangeiros non hayan mengua. Por cierto tal es este regimiento que yo non ví tierra tan abastada nin tan gran mercado de los viveres... Las casas desta cibdat son muy notables é muy altas, é muy encaramadas é con muchas chimeneas, é prescianse de ricas portadas é finiestras á las calles labradas ricamente de oro é de azul bien enmarmoladas... E es la gente comunamente toda rica, que yo ví por Carnestollendas facer una fiesta en el palacio mayor del Duce que hicieron momos, é venian dos galeas por la mar é fingieron que la una traya al Emperador é venian con él treinta caballeros vestidos de brocados, é en la otra un maestre de Rodas vestido de vellud negro, é recibienlos las damas todas vestidas de brocado é muy ricos firmalles; é ciertamente yo ví tal que mudó tres vestidos en aquella fiesta, é aun non fue mucho, que aquellos eran gente mediana de la cibdat... Esta cibdat es tan limpia para andar por ella, como si anduviese hombre por una gentil sala, por quanto ella es bien enlosada é bien enladrillada.»

Es por demas interesante el relato que el veneciano Nicolo de Conto le hace, y él trascribe, de la vida y costumbres de los habitantes de la India, de sus producciones, comercio, etc., como persona que habia vivido en ella más de cuarenta años.

No terminaremos estas líneas sin tributar justas alabanzas así al Sr. Jimenez de la Espada que ha desplegado extraordinaria diligencia y profunda erudicion para ilustrar el texto de Pero Tafur, como á los inteligentes editores señores marqués de la Fuensanta y Sancho Rayon, cuya *Coleccion de libros españoles raros ó curiosos* es cada

vez más estimada por el buen gusto en la elección de libros que publica, atestiguándolo evidentemente el *tomo octavo* de la misma que acaban de dar á luz.

A. RODRIGUEZ VILLA.

CORRESPONDENCIA DE BELLAS ARTES.

LOS PINTORES D. JOSÉ, D. LUIS Y D. MANUEL JIMENEZ.

Roma 25 de Julio de 1874.

Sr. Director de la REVISTA EUROPEA.

En los mismos días en que dirigía á V. mi última, se vendían en París los dos últimos cuadros de nuestro distinguido compatriota D. José Jimenez Arana. Las malas circunstancias por que atraviesa actualmente el comercio de obras de arte han hecho que estos cuadros no se vendan en los precios que seguramente hubieran obtenido el año anterior; sin embargo, se han pagado por ellos cantidades respetables, y no podía ser menos, atendiendo al mérito de las obras y á la importancia que en el mundo artístico tiene la firma de D. José Jimenez.

De este artista existe algun cuadro en Madrid y varios en Sevilla, su país natal; pero sus obras más importantes están fuera de España; así es que en el extranjero se le conoce mucho más que en su propia patria.

D. José Jimenez es uno de los pintores más distinguidos de nuestra colonia artística, y uno de los más atendidos y respetados por sus compañeros, incluyendo hasta aquellos que hoy gozan de universal reputación. A alguno de estos he visto pasar largo tiempo contemplando cuadros de Jimenez con la atención del que ve en ellos algo que aprender, y algo se aprende en sus cuadros, porque D. José Jimenez no pinta jamás una escena que no esté perfecta y detenidamente pensada; no coloca jamás una figura que no ocupe el puesto que deba ocupar; no pone jamás un detalle que sea anacrónico, y así resulta que sus cuadros tienen perfecta unidad; mérito que no se encuentra siempre en los de muchos artistas de reputación, en los que, por descuido ó ligereza, por buscar lo brillante ó lo agradable, se suele sacrificar en algunos momentos la verdad y la lógica.

El realismo que descuella en los cuadros de D. José Jimenez no es rebuscado ni vulgar, sino espontáneo, sencillo, natural, tanto que quien contempla un cuadro suyo ve en el lienzo lo mismo que en la naturaleza; contempla una escena que ha podido ser verdadera, porque no hay ninguna figura que no haga y exprese aquello que debió hacer y expresar el personaje que representa. Añádase á esto que D. José Jimenez es un dibujante de primer orden, y de la perfecta armonía de proporciones en sus figuras resulta que, pintando cuadros pequeños, según el gusto de la época, al poco tiempo de estarlos contemplando se pierde el sentimiento de la dimensión, y las figuras causan el efecto del tamaño natural.

Sabido es que esta ilusión de los sentidos la producen la corrección del dibujo y la conclusión en la hechura. Generalmente los pintores españoles que aquí residen, en mayor ó menor grado,

tienen estas importantes cualidades; pero hay muy pocos que las posean como Jimenez, quien en este punto puede rivalizar con el mejor. En su cuadro *Los penitentes* hay cabezas y torsos dibujados y concluidos de una manera admirable; conclusión que es tan escrupulosa en el desnudo como en el traje; pero sin llegar nunca á lo nimio, á lo exagerado, á lo fotográfico, escolló en que suelen caer algunos, creyendo sin duda que, tratándose de concluir, el pincel debe hacer tanto como la cámara oscura.

D. José Jimenez tal vez sea menos colorista que otros pintores españoles; pero adviértase que la comparación es entre nuestros compatriotas, es decir, entre los primeros coloristas de cuantos manejan el pincel. Si lo comparásemos con pintores franceses ó ingleses, aún con aquellos que gozan de mayor reputación, en la cuestión de color les llevaría sin duda gran ventaja; y entiéndase también que, al decir menos colorista que otros pintores españoles, no es que no posea esta apreciable cualidad, puesto que sus cuadros tienen siempre el color justo, una entonación segura, una armonía dulce, mucho más agradable á veces que ciertos toques brillantes que causan grande impresión á primera vista, pero cuya falsedad se advierte en seguida.

Cuando se tiene talento para pensar y desarrollar un asunto con la severa verdad que lo hace D. José Jimenez; cuando se dibuja como él dibuja; cuando se entona y se concluye como están entonados y concluidos sus cuadros, el artista produce necesariamente obras importantes, que el aficionado no puede menos de apreciar, y el crítico mirar con respeto; seguro es que si se presentasen en Madrid cuadros de este pintor, se les recibiría con tanto aprecio como se les recibe en el extranjero; pero, desgraciadamente, Madrid no es todavía mercado bastante importante para que á él acudan obras que en París, Roma ó Londres se venden á precios que no podrían obtener en nuestra patria. ¡Ojalá corone el éxito los esfuerzos que hoy hacen los amantes del arte para que Madrid sea un centro á que acudan pintores y compradores! Mucho ganaría nuestro país bajo el punto de vista de nuestro renacimiento artístico, y en España quedarían algunas obras de las muchas que en la actualidad van á enriquecer galerías extranjeras.

Ya he dicho en otras ocasiones que los cuadros de los artistas españoles que residen en Roma van á parar á Francia, Inglaterra y otras naciones de Europa, y muchos de ellos á América, sobre todo á los Estados-Unidos, donde se despierta con bastante brio el gusto del arte, y en cuyas nacientes galerías figuran dignamente las obras españolas. Los cuadros de D. José Jimenez siguen el camino general, yendo muchos de ellos á los negociantes de París y partiendo de allí á diferentes puntos de Europa.

Entre los más notables que ha pintado en Roma y se han vendido en Francia, están los titulados *El rey, que Dios guarde; El abuelo; Che caldo che fa*, cuadro de costumbres andaluzas, delicioso de gracia y expresión, al que precisamente por esto dieron los italianos el título que lleva; *Una fiesta en una botillería*, y posteriormente los dos de que ya he hablado en mis anteriores correspondencias á la REVISTA, *Los penitentes* y *El café*, vendidos hace poco tiempo en París.

D. José Jimenez empezó su carrera artística en Andalucía, donde se conservan algunos cuadros suyos; en Málaga los titulados: *El Viático*, *La última visita*, *El pavo de Noche-buena*, *El cambio*, *El entierro de D. Miguel de Mañara*, y no sé si algún otro; en Jerez, *La primera comunión*; y en Sevilla, *Un lance en la plaza de toros*, cuadro que estuvo en la última exposición de Madrid, donde, aunque pocos, existen también algunos cuadros de este artista, como *Las lavanderas*, un boceto de la batalla de Tetuan, propiedad del marqués de Portugalete, y no sé si algún otro.

En la época en que Jimenez pintaba en Andalucía hizo doce bocetos de escenas de la primera parte del Quijote, que, según he oído á pintores que conocen estos trabajos, sobre estar muy bien hechos, eran admirables de carácter, cosa que desgraciadamente se encuentra en pocos de los cuadros inspirados por el gran libro del príncipe de los ingenios. Estos bocetos están en América.

Actualmente pinta Jimenez una escena de Andalucía, que consiste en una rifa en la puerta de una iglesia. Conociendo las cualidades de este artista, dicho se está que el cuadro será notable, y que, no obstante las difíciles circunstancias por que atraviesa el comercio, se venderá á los elevados precios que alcanzan todas las obras de su pincel.

D. José Jimenez es joven, tiene grande amor al arte que con tanto aprovechamiento cultiva, estudia con fe y adelantará mucho aún, puesto que en el arte, nadie, por alto que se coloque, llega á pronunciar la última palabra; hoy es uno de los artistas más distinguidos de nuestra colonia; mañana será uno de los maestros que más gloria den á nuestro país, que si, por desgracia ó culpa nuestra, marcha detrás de otros de Europa en ciertos adelantos modernos, en arte, y sobre todo en pintura, nada tiene que envidiar á ninguno; y si nuestros pintores eligieran asuntos de más importancia; si no se viesan cohibidos por las exigencias de la moda ó estrechados por la necesidad de vivir del pincel; si se fijasen tanto en la importancia de la escena que llevan al lienzo, como se fijan en la belleza de la forma, en la verdad de la expresión, en la frescura del colorido, no diríamos que en pintura estamos al nivel de la nación que más alta se encuentre, sino que estábamos á la cabeza de todas ellas. Esta gloria llegará para España el día en que la brillante falange de nuestros jóvenes artistas puedan romper ciertos lazos que hoy sujetan su fantasía, como han roto las rígidas prescripciones académicas; el día en que, además de estudiar los grandes maestros del arte, estudien también nuestros grandes historiadores y nuestros grandes poetas; en una palabra, el día en que el joven que se dedica al difícil arte de la pintura, vaya tanto á la escuela de dibujo como al museo, y tanto al museo como á la biblioteca, porque, así como al poeta no le basta versificar bien, sino que es necesario que el asunto sea elevado, sin lo cual la obra no será completa, así creemos que no basta en el cuadro dibujo, verdad, color, sino que se necesita también asunto de tales condiciones que merezca el inmenso trabajo que cuesta expresarlo, la larga serie de sinsabores, de esfuerzos y de penosas luchas que cuesta al joven llegar al puesto de los artistas distinguidos.

No quiero con estas palabras censurar á los

artistas de nuestra colonia de Roma; casi todos pintan cuadros de costumbres españolas, y preciso es convenir en que eligen atinadamente los asuntos más graciosos; solamente he manifestado un deseo, porque en arte, como en todo, quisiera ver citado á nuestro país como modelo de los demás, y especialmente porque si hemos perdido tanto de nuestra antigua importancia, de nuestras antiguas glorias, que el nombre español no suena en el extranjero como sonaba en pasadas épocas, ya que en el arte nos sostenemos dignamente, quisiera para nuestro país la supremacía. Afortunadamente nos encontramos en buen camino; tenemos pintores de gran reputación, de gran mérito y grandísimas esperanzas, jóvenes todos, de gran talento, de grande amor al arte, de incansable laboriosidad; jóvenes cuyas obras están á la altura de las de los maestros más reputados. Y siendo esto así, sin que nos ciegue el amor patrio, podemos esperar que la pintura española de la presente época llegue á ocupar en la historia del arte un puesto á que muy pocas naciones podrán llegar.

Figura también en primera línea entre nuestros artistas residentes en esta capital, el joven don Luis Jimenez, hermano del distinguido pintor de quien acabo de ocuparme. D. Luis Jimenez empezó también su carrera artística en Sevilla, de cuya Academia es discípulo, y discípulo que en verdad la honra, porque hay pocos jóvenes que á la edad de Luis Jimenez pinten como él pinta y tengan la reputación de que él goza; reputación harta merecida, porque este artista reúne condiciones poco comunes. Dibujando bien, y siendo excelente colorista, de los más coloristas de nuestra colonia, tiene una gracia especialísima en la manera de hacer. Trata los asuntos con grande propiedad, en lo que se parece á su hermano don José, y además imprime á sus obras cierto sello característico que las distingue entre todas. Sus figuras son siempre ricas de expresión, y sus composiciones del gusto más delicado. Imposible imaginar nada más gracioso que su cuadro *El aguardiente*, ni colocar figuras con mejor gusto al par que con mayor propiedad que la de su cuadro *La sastrería*.

Para hablar de las cualidades que distinguen á este artista, habría de repetir mucho de lo que he dicho de su hermano; como éste goza de gran reputación, y como éste está llamado á ser uno de los que más honren el arte español.

Hay pintores que llegan á cierto grado de perfección en el arte y de allí no pasan, ocurriendo también que algunos retroceden. No sucede así con D. Luis Jimenez, que adelanta cada día, y en el que no existe la menor sombra de amaramiento. Los pocos cuadros que de él existen en España son buenos; los que ha pintado en Roma, donde reside hace ya algunos años, son mejores aún. Entre estos, el que representa unos *ciociaros en la plaza de España*, cuadro que adquirió M. Stuart, de París, es una obra notabilísima de color, cualidad que, como he dicho, posee este artista de un modo poco común. Este cuadro es bastante grande, resultando las figuras de medio tamaño del natural, y de estas dimensiones son también los de dos cuadros de este artista que existen en Madrid, *Alonso Cano* y *El Tasso*. Cediendo después á las exigencias de la moda, ha pintado cuadros más pequeños, cuyas cualidades

han ido aumentando la envidiable reputacion de este jóven artista. El titulado *Galanteos*, *El vendedor de joyas*, cuadros que adquirió M. Goupil; *Los bebedores*, *El aguardiente*, obras que compró M. Rethinguer; *La Sastrería*, su último cuadro, que recientemente se ha vendido en Lóndres, son composiciones en las que las figuras resultan de poco tamaño, y que por su gracia, por su expresion, por la manera de estar ejecutadas, acreditan el talento, el buen gusto y los constantes adelantos de este artista, que si es de los más notables pintando al óleo, ocupa un puesto no ménos distinguido entre los mejores acuarelistas. Sus trabajos en este género de pintura son admirables, y no se sabe qué celebrar más en ellos, si la gracia ó la frescura del color.

Las acuarelas de D. Luis Jimenez son muy apreciadas en Paris, donde se pagan á elevados precios; pero este artista, como casi todos los españoles que aquí residen, no se dedica á este género de pintura, considerándola más bien como estudio, y á veces como descanso, de las fatigas de la pintura al óleo. Si considerando la acuarela de este modo sus trabajos son tan admirables, tan perfectamente dentro de las condiciones de facilidad y frescura que debe tener este género de pintura, júzguese á qué grado de perfeccion llegará el día en que se dedique á ella con más asiduidad.

D. José y D. Luis Jimenez son dos artistas de los que tienen asegurado su porvenir, como lo tiene siempre el talento y la laboriosidad; su hermano menor, D. Manuel, es un jóven que empieza bajo excelentes auspicios la carrera del arte, y cuyos primeros cuadros se han vendido á precios no despreciables. Los dos primeros son hoy de los que más honran nuestra colonia de Roma; el último es una esperanza que debe llegar á realizarse.

X.

LA UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE.

Cambridge 2 de Julio de 1874.

La universidad de Cambridge es una especie de federacion de colegios, cuya fundacion se remonta en algunos á la más alta antigüedad, mientras que en otros sólo data de principios del siglo. Cada uno de estos colegios, cuyo número es de 27, posee su claustro de profesores, sus alumnos, sus agregados ó sustitutos, etc., y constituye una pequeña república, que forma parte de la grande.

La universidad, lo mismo que los colegios, tiene propiedades muy importantes. Calculase en cinco millones de francos la renta total de esos bienes. Otros privilegios universitarios consisten en nombrar beneficiados, aunque estos nombramientos se hacen á propuesta de ciertos *noblemen*. Por consecuencia de esto hay, por lo ménos, 100 curas que consumen unos 500.000 francos de la renta. Como se ve estamos aquí en plena Edad Media.

Ni la universidad, ni los colegios reciben un céntimo del presupuesto; pero los alumnos pagan derechos por asistir á las lecciones que se dan en los diferentes edificios de la universidad y

á los cursos y conferencias que se dan en los colegios, y que pueden considerarse como verdaderos ensayos. El título de doctor se obtiene algunas veces por exámen y otras como premio de honor. La investidura de todos los grados, excepto el de doctor por premio de honor, se obtiene mediante pago de ciertas cantidades.

Los estudiantes están obligados á comer en comunidad en el colegio, y paga cada uno 2 francos 50 céntimos por la comida, sin vino ni cerveza, por los cuales paga aparte el que quiere. Tienen igualmente una habitacion sin amueblar, y por ella paga cada cual 250 francos al año. Como hay mucha concurrencia, no tienen todos los alumnos alojamiento en los colegios, y muchos viven en la ciudad, en casas que tienen licencias para ello, y que están sometidas á la inspeccion del proctor y del pro-proctor, ó mejor dicho, del censor y del vice-censor.

Calculase que la pension de un estudiante cuesta, con mucha economía, 5.000 francos al año, aunque las vacaciones empiezan el 10 de Junio y no terminan hasta Octubre.

Los *noblemen* tienen el privilegio de comer con los *fellows* ó agregados del colegio; pero la mayor parte prefieren hacerlo con los compañeros de su misma edad.

Después de la muerte del príncipe Alberto, ha sido nombrado canciller el duque de Devonshire. El vice-canciller es el que desempeña todos los asuntos de la universidad, y lo nombra el consejo de la misma. El consejo es nombrado á su vez por el senado, y éste se forma por la reunion de todos los graduados, que son unos 6.000.

Los colegios son gobernados por un maestro nombrado por los sustitutos. Estos reciben una renta que varia de 10 á 20.000 francos, pero que cesa de derecho en cuanto se casan. Sin embargo, cuando son nombrados profesores numerarios vuelven al goce de dicha renta. Estos sustitutos ó *fellows* son nombrados por concurso.

Hay estudiantes pobres que están dispensados de pago y que se llaman *fizaris*. Además, se da una cantidad á los que se distinguen en los cursos.

La universidad tiene un observatorio dirigido por M. Adams, en el que se hacen grandes trabajos sobre la astronomía estelar. El principal observatorio de los colegios es el de Pembroke, dirigido por el reverendo Power.

Los cursos de la universidad no son públicos como en Francia. Aquí la ciencia es una mercancía, y no se da más que al que la paga.

W. DE FONVIELLE.

(*La Nature*.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de Ciencias de Paris.

27 JULIO.

El cometa ha muerto, ¡viva el cometa! dice un académico al empezar la sesion, y al darse cuenta de que, apénas el cometa conocido con el nombre de M. Coggia ha desertado de nuestro cielo para otro hemisferio, M. Borelly ha descubierto un nuevo nómada interplanetario. Léese un despacho de Marsella dando cuenta de este descubrimiento

hecho el domingo anterior á las diez de la noche. El director del Observatorio, M. Stephan, hizo el lunes una serie de observaciones del mismo, cuyos resultados se publicarán. El nuevo cometa progresa rápidamente en la direccion del Noroeste.

—De regreso de su segundo viaje científico en Argelia, M. Saint-Claire Deville, da importantes detalles acerca de la red meteorológica que en breve cubrirá la colonia africana de Francia: 33 estaciones de primer orden serán provistas de buenos instrumentos, estableciéndose además un número considerable de estaciones secundarias, que centralizarán sus trabajos para ayudar á las estaciones principales. Las municipalidades han votado ya los recursos para la mayor parte de estas estaciones, de las cuales 14 están ya funcionando, y 11 quedarán establecidas en breve, pues ya están en Argelia los aparatos é instrumentos necesarios.

—M. Gauthier da cuenta de haber conseguido obtener una disolucion pura de la fibrina de la sangre; resultado tanto más importante, cuanto que la fibrina, que, como es sabido, se disuelve fácilmente en el agua salada, no ha podido nunca desprenderse de la parte de sal. El experimento de M. Gauthier es bastante largo, pero de excelente resultado. Algunas huellas de ácido cianhídrico impiden á la sustancia animal putrificarse durante la operacion.

—M. Grehant participa que colocando sangre en el vacío y calentándola hasta 40 grados, ha observado el desprendimiento de cierta cantidad de gas. Bien hecho el experimento demuestra que ese gas es el resultante de la mezcla del ácido carbónico con el hidrógeno y el ázoe sin huella ninguna de oxígeno. Volviendo á calentar la sangre se obtiene de nuevo el gas, y así indefinidamente. Es decir, que cien gramos de sangre calentada todos los días, dan en 21 días 1.603 centímetros cúbicos de gas. Los glóbulos no desempeñan papel ninguno en esta reaccion, debida sin duda á un acrecentamiento de la sustancia albuminosa.

—M. Brongniart presenta el último volumen del *Traité de Paleontologie vegetale* de M. Schimper, verdadero monumento científico de importancia suma.

Conferencias sanitarias de Viena.

JULIO 20.

La comision encargada de proponer las reglas á que deben sujetarse en Europa las cuarentenas marítimas, presenta su dictámen y se aprueba sin discusion el artículo 1.º, por el cual se establece una observacion de uno á veinte días para las procedencias de puertos infestados.

El Sr. Mendez Alvaro pide la supresion del párrafo 2.º del artículo 2.º, porque considera insuficientes las veinticuatro horas á que quiere limitarse la observacion, si la travesía dura, por lo ménos, siete días, y porque cree muy escasa la garantía que se da á la salud pública, puesto que la incubacion, en los gérmenes generadores del cólera, excede algunas veces el plazo de siete días. El no ocurrir casos á bordo no es una garantía contra la importacion del mal, pues muchos buques suelen trasportar en las mercancías el germen de la infeccion, que necesita algun tiempo

para su desarrollo; por cuya razon, los delegados de España no pueden votar el párrafo 2.º del artículo 2.º.

El Doctor Hirsech, de la comision, sostiene el plazo marcado.

El Sr. Gomez Bustamante dice que si el plazo de observacion fuere sólo de veinticuatro horas, seria peligrosísimo para la salud pública; y como prueba, expone que algunas veces el cólera y la fiebre amarilla aparecen á los doce y catorce días de navegacion: que encontrándose muchas veces encerrada en el interior del buque la atmósfera infectada, viene á ponerse en contacto con las personas empleadas en descargarlo, y que la ventilacion que se suele practicar en las largas travesías para desinfectar el buque es insuficiente, pues han ocurrido casos que demuestran hasta la evidencia que los buques, despues de haber hecho un viaje de duracion, han importado, sin embargo, los gérmenes de la enfermedad que ha invadido lugares hasta entónces completamente sanos.

El presidente, baron de Gagern, manifiesta que la proposicion del Sr. Mendez Alvaro no puede tomarse en consideracion por no estar apoyada por dos delegaciones, y se aprueba el artículo 2.º y los siguientes hasta el 9.º y último.

El Doctor Bartoletti, delegado por Turquía, manifiesta las desventajas que ocasiona al imperio otomano el carecer de un código penal aplicable á los que contravengan á las leyes sanitarias.

El Sr. Mendez Alvaro pide que el código penal contenga disposiciones para castigar las contravenciones que cometan los médicos, cónsules y otras autoridades.

Sociedad para el fomento de la industria.

PARIS 26 JULIO.

M. Du Moncel presenta una Memoria sobre un aparato inventado por M. Launay para señalar las variaciones accidentales que sobrevienen en la presion del gas de alumbrado. El impulso del gas en las cañerías de una ciudad procede de la presion constante de las campanas del gasómetro, y en todos los puntos de las cañerías la presion seria igual, ó poco variable, si el gasto de todos los mecheros de gas fuese continuo y uniforme. Cuando aumenta la presion de repente, el gas se escapa por el mechero en más cantidad de la que corresponde á la abertura del orificio, y arde imperfectamente, ahumando los departamentos, ocasionando el deterioro de mercancías, alterando la salud de las personas y produciendo accidentes deplorables. No siempre se nota el exceso de presion, y para conocerlo ha inventado M. Launay su aparato, que es muy sencillo, y consiste en una campana de alarma que entra en accion cuando la presion del gas pone en movimiento una corriente voltaica. Este aparato puede servir tambien para hacer constar la existencia de las fugas de gas, sin más que hacer en él una pequeña variacion.

Sociedad de antropología de Berlin.

12 JULIO.

M. Virchow presenta varios libros recientemente publicados, y entre ellos el excelente trabajo del profesor Düben sobre los Lapones, y una obra antigua y rara, de 1591, por F. le Moyne,

que contiene dibujos muy interesantes de los indios de la Florida.

—M. Koner habla de una Memoria de Dœll sobre las antigüedades egipcias procedentes de la isla de Chipre, que existen en la colección del Cónsul italiano Cesnola. Del estudio de las mismas resulta que, á pesar de las emigraciones griegas en las costas, el arte local, de origen fenicio quizá, habia conservado sus antiguas tradiciones y habia permanecido inaccesible á la influencia de vecindad del arte nuevo.

—M. Ch. Hart presenta una comunicacion relativa á un viaje al rio Amazonas, de donde ha traído objetos de porcelana que recuerdan los curiosos descubrimientos del Perú, y demuestran que la antigua civilizacion peruana estaba tambien muy extendida por el lado oriental de las Cordilleras:

Academia de medicina de Paris.

21 JULIO.

M. Laboulbene presenta, á nombre de M. Fredel, un folleto de éste, relativo á la mordedura de la víbora; asunto que habia ocupado á la Academia en una de sus sesiones anteriores. M. Fredel empieza describiendo un caso en que la mordedura de la víbora causó la muerte en cinco dias, y despues indica sucintamente varios casos análogos. La víbora, dice, no ataca casi nunca más que cuando se la provoca, á pesar de que en el caso descrito ántes la víbora mordió durante el sueño de la persona mordida. Propone para estas mordeduras un tratamiento análogo al que se recomienda contra la hidrofobia, es decir, el ejercicio forzado. Parece que cuando un indio es mordido por el *naja*, sus compañeros se arman de látigos y palos, y le hacen correr desesperadamente durante varias horas. En una circunstancia parecida, un médico de un regimiento de cipayos ató el herido á la cola de su caballo, y le hizo recorrer así varias leguas al trote de su montura. Estas carreras forzadas, seguidas de la ingurgitacion de una cantidad de ron caliente ó de otras bebidas diaforéticas producen frecuentemente, segun dicen, la curacion. M. Laboulbene refiere tambien que un proveedor de víboras del Jardin de Plantas cuando se sentia mordido, lo cual le sucedia frecuentemente, bebia bastante vino y aguardiente, y se entregaba á una carrera desenfrenada durante dos ó tres horas seguidas.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

El Ministro de la Guerra del gobierno inglés acaba de dar instrucciones al hábil aeronauta M. Coxwell para emprender una ascension, cuyo punto de partida será el gasómetro del arsenal de Woolwich, y cuyo objeto es hacer experimentos acerca del uso de globos aerostáticos en las guerras. M. Coxwell se servirá por primera vez de un aparato destinado á dirigir los globos segun el viento, como se dirigen los buques en el mar, por medio de velas. Este asunto, de inmensa importancia bajo el punto de vista estratégico, está llamando poderosamente la atencion en la Gran Bretaña. En Francia ya se habian hecho estudios particulares en el mismo sentido, pero

el Ministro de la Guerra no quiso atender las propuestas que le hicieron.

* *

Un librero de Nueva-York ha expuesto en su establecimiento una colección de los 8.081 periódicos que se publican en los Estados-Unidos. Forman 119 tomos, y ha estado en la exposicion de Viena, donde ha obtenido medalla de mérito.

El mismo editor acaba de publicar ahora en un volumen de lujo, que se titula *La literatura periódica en los Estados-Unidos*, el catálogo de los expresados periódicos que se publican: 507 en Nueva-York, 81 en San-Luis, 38 en Nueva-Orleans, 93 en San Francisco, 194 en Boston, 168 en Filadelfia, 44 en Baltimore, 37 en Detroit, 145 en Chicago, 71 en Cincinnati y 38 en Washington.

Hasta en la frontera india y en las praderas aparecen periódicos; en Dakota se publican 14, en territorio indio 2, en Montana 8, en Wyoming 6, en Idalos 5, en Nuevo-Mejico 5, en el Arizona 4, en Colorado 50 y en el Utah 15.

* *

En Lóndres se está formando una sociedad para la cremacion de los cadáveres. Tiene ya un gran número de accionistas, y la adhesion á la misma se hace por un documento concebido en los siguientes términos: «Desapruebo la costumbre actual de enterrar á los muertos, y deseo que la sustituya un procedimiento que reduzca rápidamente los cuerpos á sus elementos constitutivos, sin ofender á los vivos y sin perjudicar á la higiene pública. Miétras se encuentra el nuevo método, declaro que adopto el conocido con el nombre de *cremacion*.»

* *

En Alemania está haciendo gran fortuna un pintor que sólo hace cuatro años se dió á conocer por primera vez, y ya es uno de los discípulos más distinguidos de la escuela neo-greca, que los franceses han contribuido á poner de moda en Berlin. Llámase Feuerbach, y acaba de exponer al público un *Banquete de Platon*, y un *Combate de las Amazonas*, que están llamando poderosamente la atencion. En el primero de dichos cuadros, la figura de Alcibiades, sobre todo, es un verdadero prodigio, segun una carta de Berlin que tenemos á la vista.

* *

Segun los últimos datos estadísticos, la circulacion media de los periódicos diarios de Lóndres es la siguiente: el *Daily-Telegraph* tira 170.000 ejemplares; el *Standard* 140.000; el *Daily-News* 90.000; estos tres periódicos, de la mañana, se venden á un penique (diez céntimos) cada ejemplar. Los otros tres periódicos de la mañana son de tres peniques (poco más de un real) y no se venden por las calles; son: el *Times*, el *Morning-Advertiser*, y el *Morning-Post*, que tiran 70.000 ejemplares el primero, 6.000 el segundo y 3.500 el tercero. Los periódicos de la tarde son: el *Echo*, que se vende á penique y medio, y tira 80.000 ejemplares; el *Pall-Mall-Gazette*, dos peniques, 8.000 ejemplares, y el *Globe*, un penique, 7.000. El número total de ejemplares vendidos se eleva diariamente á 569.000.